
HARLEQUIN
DESEO
MEAGAN McKINNEY
Perfecto para mi

DESEO

MEAGAN McKINNEY

# Perfecto para mi



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


Perfecto para mi, n.º 1065 - octubre 2018
Título original: The M.D. Courts His Nurse
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.



I.S.B.N.:978-84-1307-038-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Capítulo Uno

–Acabo de darme cuenta de por qué los hombres se vuelven más listos durante el acto sexual –anunció Lois Brubaker en voz baja a pesar de que la sala de espera estaba vacía.

Rebecca O'Reilly, que estaba ocupada poniendo al día las fichas de algunos pacientes, miró a su amiga y compañera de trabajo. Estuvo a punto de preguntarle «¿Es verdad?», pero se dio cuenta de que era una broma y se sonrojó ante su ignorancia en materia sexual.

–¿Por qué? –preguntó sin poder evitarlo.

–Porque se acoplan a un genio –contestó Lois inexpresiva.

Las dos se rieron a gusto mientras se abría la puerta de la consulta. Salió el doctor John Saville escoltando a una mujer mayor de cara redonda.

A Rebecca se le congeló la sonrisa al encontrarse con los ojos de John Saville, de un intenso azul cobalto, que la miraban como si fueran látigos. Frunció el ceño.

Acertó a ignorar a las dos mujeres y acompañó a la anciana hasta la sala de espera, amueblada con muebles de cuero y cromo y adornada con lilas frescas. De las paredes colgaban litografías de tiempos pasados. La decoración era acogedora, pero cara y los honorarios de John Saville no hacían sino convencer a sus pacientes de que el joven cirujano era de los mejores.

–Hasta la próxima cita, Esther –se despidió John de forma brusca. Desde luego, era el doctor Seco.

Sin embargo, Rebecca se había admitido a sí misma que su nuevo jefe era guapísimo… quizás demasiado. Tal vez fuera demasiado guapo para aquella profesión. Tenía rasgos aristocráticos, un cuerpo atlético, la piel bronceada y unos ojos de mirada intensa. Parecía más una estrella francesa del tenis o un actor de teleseries. Desde luego, no un brillante cirujano dedicado a su profesión, que tenía una consulta privada, hacía guardias de 24 horas en el hospital Valley General y todavía tenía tiempo para publicar sobre sus investigaciones y asistir a varios congresos

médicos al año.

Era una pena que fuera tan guapo. Por lo menos, a ella no le valía de nada. Con sus pacientes era amable y delicado, pero con sus empleados Jekyll se convertía en Hyde.

Exactamente igual que Brian.

Sintió un nudo en la garganta. Llevaba meses convenciéndose de que Brian era agua pasada, que habría alguien mejor en el futuro. Aun así, no conseguía apartar el dolor. Brian había sido su amor, su luz, su esperanza durante más de dos años. Lo había conocido al empezar las prácticas en el Hospital Luterano. Aquel hombre quería curar teniéndola a ella al lado. Habían hablado del futuro, de los hijos y de poner una consulta juntos.

Al final, el doctor Brian Gage solo era capaz de hablar del último Mercedes que se quería comprar o de en qué club de golf se iba a construir la mansión cuando pudiera salir de Mystery, Montana.

También decidió cambiar de mujer, buscar una mejor, sustituir a la pueblerina Becky por una de más clase, alguien que no hubiera crecido pobre, con problemas, una que no llevara bata de enfermera y que tuviera menos ganas de ayudar al ser humano que ella.

Rebecca sonrió amargamente. Todavía le dolía, seguía ahí, en el corazón. Había decidido que Brian no le iba a amargar la vida y lo había conseguido. Le seguía doliendo que la hubiera dejado, pero la vida seguía adelante. Incluso tenía esperanzas sobre el futuro. La única condición era que no fuera médico. Ni siquiera si era guapo.

El doctor John Saville era lo suficientemente guapo como para ser una amenaza.

Menos mal que tenía muy claro que era un borde porque, si no hubiera sido así, se habría sentido atraída por la misma llama que ya la había quemado una vez.

–Señorita O'Reilly, ¿le importaría pasar a mi despacho, por favor?

Rebecca levantó la cabeza. El doctor la miraba con ojos como láser.

Asintió. Llevaba dos semanas trabajando con él, pero su tono imperioso y autoritario le seguían pareciendo más propio de un dictador que de un médico. Lo sabía porque ya tenía experiencia con hombres que la habían tratado como si no valiera nada y la pudieran pisotear.

«Llevamos trabajando juntos un buen tiempo y sigue siendo el doctor y yo la señorita O'Reilly», pensó Rebecca. Era como si todas aquellas formalidades le sirvieran para recordar a los demás que estaban por debajo de él. Rebecca lo odiaba.

Se levantó. Echaba de menos la delicadeza y la sonrisa de Paul Winthrop, que se había jubilado. Él nunca había hecho que nadie se sintiera un subordinado.

–Claro, doctor –contestó. Sabía muy bien lo que iba a pasar. Observó su ancha espalda mientras lo seguía hacia su despacho.

–Lo siento, Becky –dijo Lois en voz baja–. Debería haber dejado el chiste para la hora de comer.

–No pasa nada –contestó ella–. No estábamos haciendo nada malo. Reírse es muy sano, ¿no? Me pone de los nervios que haga como si esto fuera una funeraria. ¿Te importa ocuparte de mi teléfono?

Lois asintió. Tenía casi cuarenta años, era rubia y tenía una cara agradable.

–Cuidado con tu genio irlandés –le recordó–. Lleva aquí poco tiempo. Hay que irlo acostumbrando poco a poco.

Rebecca se alisó la falda con ambas manos. John Saville había dejado la puerta de su consulta abierta. Estaba de pie, con cara de póquer y los brazos cruzados.

Por un momento, Rebecca se sintió como si estuviera en el colegio, en el despacho del director. La única diferencia era que el señor McNulty no era un morenazo con corbatas de seda y chaquetas de Bond Street.

–Dígame, doctor –dijo Rebecca desde la puerta.

La expresión dura de su cara pareció dulcificarse un poco al verla. Rebecca no llevaba uniforme y él se paró a estudiar el vestido color ciruela con escote de pico que llevaba. Como siempre, llevaba el pelo, de color castaño, hacia atrás y sujeto con horquillas. Aquel peinado resaltaba su frente y aquellos ojos de color azul.

–¿Quería verme? –insistió ella.

–Sí, claro –se apresuró a contestar como recobrándose–. Pase, por favor.

Rebecca entró, pero él seguía de pie, así que ella tampoco se sentó.

La ventana estaba un poco abierta. Estaban a principios de mayo y por el día hacia calor, a pesar de que por las noches seguía refrescando. Los árboles estaban floreciendo.

–Señorita O'Reilly, ¿les importaría a usted y a la señora Brubaker mostrar un poco más de decoro en el trabajo?

Rebecca recordó la advertencia de Lois y, a pesar de que sentía el corazón a cien por hora, se admitió a sí misma que tenía mal genio.

Bajo el enfado, descubrió que aquello le había dolido. Todavía

no hacía seis meses que Brian había terminado la especialidad y que la había dejado.

–No entiendo muy bien qué quiere usted decir con eso de decoro profesional, doctor Saville –contestó consiguiendo controlarse.

–Me refiero a que las dos tienen que ser más profesionales. ¿Le ha quedado claro así? –contestó tirante.

Su tono la hizo saltar.

–¿Tiene algo que decir sobre mi capacidad como enfermera o la de Lo como jefa de servicio?

–¿Capacidad? –repitió él con el ceño fruncido.

–Sí, quiero decir, ¿ha habido algún tipo de negligencia médica por nuestra parte? ¿Se ha quejado algún paciente?

–Pues… no. No ha pasado nada así. Tal y como me aseguró el doctor Winthrop, tanto usted como la señora Brubaker son eficientes y están preparadas, pero…

–Pero, ¿qué, doctor?

Él la miró y recordó por qué la había llamado.

–Sinceramente, las paredes de este edificio no son todo lo gruesas que deberían ser y se oyen los chistes verdes –contestó algo irritado.

Rebecca se sonrojó ligeramente, aunque le entraron ganas de reírse a la vez. Había oído el chiste de Lois.

¿Y qué? Era un chiste normal y corriente. Él se dio cuenta de que sabía de qué le estaba hablando.

–A veces, me resulta difícil concentrarme en mis pacientes si… bueno, si se están riendo y hablando tan alto. Parece que se les ha olvidado que esto no es una hermandad de mujeres.

–Se llama Lois, no señora Brubaker –le contestó enfadada–. Y en lo que respecta a mí, mientras estaba en la escuela de enfermería trabajaba también, así que no tengo ni idea de hermandades de mujeres.

«No como tú, seguro», pensó mordiéndose la lengua a tiempo.

La indignación que percibió en su contestación, hizo que John se callara.

Rebecca sentía la ira que le retumbaba en las sienes. Exactamente igual que todos los médicos que conocía, aquel era capaz de tirar por los suelos la autoestima con la misma facilidad con la que cosían unos puntos. ¿Acaso era él quien llegaba por las mañanas veinte minutos antes para poner las lilas en los floreros? No, pero se debía de creer que estaban allí por arte de magia, ni siquiera daba las gracias por ello. El humor era lo único que le quedaba y ningún imbécil iba a quitárselo.

Durante el silencio, consiguió calmarse un poco.

–A Lois y a mí nos gusta reírnos un poco, pero no hacemos nada malo –lo informó con frialdad–. Así, el tiempo pasa más deprisa.

–No están aquí para reírse. Estamos aquí como profesionales de la salud. La verdad, no sé qué pensarán los pacientes del personal.

–Doctor Saville, sé que usted estudió en Chicago, pero esto es Mystery, Montana. Sus pacientes son mis vecinos, he crecido con ellos y sé que les gusta el personal de esta clínica.

–Sé muy bien dónde estoy, señorita O'Reilly… escogí este lugar adrede, no tiré un dardo sobre un mapa a voleo.

–Pues no sé qué le llamaría la atención –le espetó sin tener el valor para añadir «Por aquí no somos de sangre azul, precisamente».

–Mire, no he pretendido ofenderla…

–No se preocupe –contestó enfadada–. Me ha quedado claro que a usted le molestan las risas y las sonrisas, doctor. A no ser que tenga algo más que decirme, tengo cosas que hacer.

Rebecca hubiera jurado que, por un momento, había visto un ápice de enfado en la cara del doctor Saville, normalmente tan controlado en todo. Sin embargo, se recompuso rápidamente.

–Las demás quejas pueden esperar –le contestó.

Lois le había puesto el apodo de Doctor Seco, pero aquella imagen se desvanecía en cuanto aparecía un directivo. Entonces, el doctor Saville se convertía en el más amable de los mortales.

Rebecca salió de la consulta y cerró la puerta un poco fuerte. Lois, que acababa de recoger el correo, la miró.

–Perdóneme, doctor, porque he pecado –bromeó cuando se hubo alejado lo suficiente.

Vio el horror reflejado en la cara de Lois y recordó que la puerta de la consulta del doctor Saville se abría sin hacer ruido. Miró por encima del hombro y vio que lo tenía justo detrás. Obviamente, la había oído.

Sonó el teléfono y se apresuró a contestar.

–Ya contesto yo, Lo –dijo apresurándose hacia la mesa completamente sonrojada. John Saville se dio la vuelta y cerró la puerta de su consulta todavía más fuerte que ella.

–Consulta del doctor Saville –dijo al contestar al teléfono–. Rebecca O'Reilly al aparato.

–¿Qué ocurre, pequeña? –le dijo una voz ronca al otro lado.

–Hola, Hazel.

–¿Has estado corriendo?

–Sí, para contestar al teléfono –dijo mirando la puerta que se acababa de cerrar–. Me alegro de que hayas llamado.

–¿Por qué? ¿Es que quieres que necesite un médico?

–No lo necesitas, ¿verdad? –preguntó Rebecca en tono serio.

–Cariño, desde que me operaron estoy como una rosa –le aseguró la baronesa de la ganadería–. Solo te he llamado para charlar.

Rebecca sintió un gran alivio. Su madre había muerto de un tumor cerebral cuando estaba en el colegio y su padre estaba siempre viajando por motivos de trabajo. Hazel la había casi adoptado, incluso le había dicho que se quedara en el rancho cuando su padre no estuviera. Rebecca seguía echando mucho de menos a su madre y pensar que a Hazel pudiera ocurrirle algo le hacía que se le helara el corazón.

–La verdad es que te llamaba para ver qué tal iba tu vida sentimental. ¿Te pidió salir aquel chico? ¿Aquel rubio que conduce el autobús?

–No, y mejor así. Fue todo una cortina de humo.

–¿Te refieres a que no había fuego tras el humo?

–No, lo que había era su esposa. La última vez que estuvo aquí, se olvidó de quitarse la alianza.

Hazel suspiró.

–Al final va a ser verdad. Los que merecen la pena están casados, son homosexuales o vaqueros.

«O esnobs que se creen que la tierra gira en torno a ellos», añadió Rebecca mirando la puerta de la consulta del doctor Saville.

–¿Qué tal tu nuevo jefe? –preguntó Hazel, como si le hubiera leído el pensamiento.

–No me gusta. Es demasiado soberbio para ser tan joven. Por lo menos con sus compañeros de trabajo. O, mejor dicho, con los que él considera sus lacayos. Es curioso. Es el sustito del doctor Winthrop, pero parece mayor que él. Y, además, siempre hay algo que no le gusta.

–Lo conocí en la pequeña fiesta que Dottie Bryce dio en su honor y no me dio esa impresión. Es muy guapo y además tiene un buen cuerpo.

–Sí, pero nada más –insistió Rebecca.

–Ya. Bueno, me parece que voy a pedir una cita.

–¿No decías que estabas como una rosa?

–Sí, cariño, pero hay que hacerse revisiones –contestó Hazel con ironía tirándole una indirecta. Hazel y Lois eran las únicas personas

que sabían que seguía siendo virgen–. En realidad, quería hablar con el doctor Saville sobre la dieta que debo seguir tras la operación.

–Ya –contestó Rebecca, escéptica, mientras miraba la agenda del doctor–. Parece ser que unas cuantas mujeres de Mystery, de repente, tienen muchas cosas que consultarle al nuevo doctor.

–¿Y qué? Las mujeres de mi edad no somos tan tiquismiquis como las de veintitrés. Será porque no tenemos tiempo que perder por los estragos de la fuerza de la gravedad.

Rebecca se rio y dio hora a su amiga. Hazel se equivocaba. También a Rebecca le parecía que había algo que tenía que hacer. No era falta de deseo ni miedo a la primera vez. Lo que ocurría era que el hombre que había elegido la había dejado por no ser de su clase social y había escarmentado.

–¿Te viene bien el martes a las diez?

–Estupendo. Nos vemos entonces, cariño.

Rebecca colgó el teléfono y se preguntó qué se traía entre manos la matriarca de Mystery.

# Capítulo Dos

–Señorita O'Reilly, ¿podría pasar a mi despacho?

«Solo llevo tres semanas trabajando con él y ya me sé sus tonitos autoritarios», pensó Rebecca.

Lo miró. El tono iba acompañado de unos morritos bastante molestos, sobre todo porque le hacían estar todavía más guapo.

«No sé qué habré hecho ahora, pero está enfadado», pensó con conocimiento de causa tras aquellas semanas.

Había que reconocer el dominio de sí que tenía. Solo la tensión acumulada en los músculos del cuello revelaba que estaba enfadado.

Sin querer, Rebecca se dio cuenta de algo más: tenía la espalda tan ancha que la camisa le marcaba el pecho. Cuando agarraba un bolígrafo del bolsillo de la camisa, se le marcaban todos los músculos. Otra cosa que la molestaba. Mira que era guapo. ¿Por qué no podía tener un carácter acorde con su físico?

–¿Señorita O'Reilly? –insistió él impaciente haciendo que Rebecca se molestara.

–Sí, ahora mismo voy, en cuanto haya terminado de anotar a todos los pacientes.

No dejó que su encontronazo se notara mientras daba la bienvenida a los pacientes de aquel día. La primera era Elizabeth Kent, que tenía dos años más que ella, e iba para consultarle la posibilidad de que la operaran del tobillo. Rebecca se había dado cuenta de que, desde que John había llegado, muchas mujeres habían decidido pasar por el quirófano.

Para colmo, iban a la consulta arregladas como si fueran a una fiesta, mucho más guapas de lo que nunca se pusieron para ir a ver al doctor Winthrop. Elizabeth, sin ir más lejos, llevaba un bonito vestido de seda. A juzgar por lo impecablemente peinada que iba acababa de salir de la peluquería.

Brenna Webb también había llegado ya, cuarenta y cinco minutos antes de la cita, como siempre. Brennan tenía ochenta años y era uno de los pacientes preferidos de Rebecca. Se sentaba allí,

tan contento, sin prisas, en la silla más incómoda de la sala de espera. Siempre iba vestido de faena, con lazo al cuello y un pin de la bandera americana. Le gustaba decir que estaba fuerte como un toro.

–¿Quiere que le dé los cascos y el mando? –le ofreció Rebecca para hacer esperar más al doctor–. No me cuesta encenderle la tele.

–Ya veo bastante porquería de esa en casa –le contestó–. Tengo más de cincuenta canales y ninguno merece la pena. El médico nuevo es joven, pero me han dicho que sabe lo que se hace, ¿no? –añadió sin ninguna conexión.

–Sí, es una bendición –contestó Rebecca con ironía, sin poder engañar a Brennan.

El hombre sonrió.

–Me parece que te quejas demasiado, querida, pero yo solo soy un viejo senil. ¿Qué sabré yo?

Rebecca ignoró el tono de Brennan, que sugería que había romance a la vista, y la miradita de Elizabeth.

Desde que el doctor Saville había llegado a la ciudad, las chicas jóvenes la veían como a una rival, en vez de como a una enfermera.

Incluso el viejo Brennan había caído en sus redes. Todo el pueblo estaba como si Apolo hubiera descendido sobre Mystery desde el monte Olimpo.

Lois estaba sola en la sala A y, antes de ir a ver al doctor, Rebecca se paró a hablar con ella un momento.

–Ahora vengo.

Lois asintió. No hacía falta que le dijera dónde iba.

–Paciencia, paciencia –le aconsejó–. Se te ve la vena en la sien izquierda.

–Estoy bien. Tienes razón, es mejor actuar como si nada. No pienso perder los papeles por su culpa.

Sin embargo, Lois llevaba seis años trabajando con Rebecca y sabía lo que quería decir aquella sien.

–Ya verás, fría y profesional –le aseguró.

Sin embargo, su decisión se tambaleó en cuanto entró en la consulta del doctor Saville.

Normalmente, solía comenzar sus reprimendas con un poco de charla educada, pero aquella mañana fue derecho al grano.

–Señorita O'Reilly, el viernes pasado estuvo usted de lo más maleducada con el representante de MedTech.

–Seguro que le he destrozado la vida –contestó ella sorprendida de su propio sarcasmo.

John Saville la miró sin saber quién era el blanco de su enfado,

el representante o él.

«Los dos», decidió. «Esta chica no se calla una», pensó fijándose en su boca. Sin poder remediarlo, se preguntó cómo sería besar aquellos labios y hacer que la expresión de enfado se tornara en otra muy diferente…

Nunca lo sabría a juzgar por cómo lo miraba siempre, como si quisiera darle una bofetada.

–¿Sí? –preguntó Rebecca impaciente–. O sea que me vio siendo maleducada con el tipo de MedTech…

–Sí y, para colmo, esta mañana me he enterado de que ha cambiado nuestra cuenta a Rocky Mountain Medical Supplies.

Así que era eso.

–No era un secreto. ¿Hay algún problema?

–No, precisamente por eso le pregunto. No sabía que hubiera ningún problema con el anterior laboratorio.

–Rocky Mountain Medical es un proveedor muy fiable. Les he dado a ellos la cuenta por una buena razón.

–¿Y cuál es esa razón…? –preguntó mirándola fijamente con aquellos intensos ojos azules.

«Que el comercial, que estaba casado, me tiraba los trastos», contestó Rebecca mentalmente. No se lo dijo por temor a que también le pareciera un comportamiento poco profesional por su parte.

–Por razones personales –respondió roja de ira.

–Sí, ya me lo había imaginado después de ver lo del viernes –comentó triunfante–. Se veía que había… algo entre ustedes dos.

–Eso no es cierto… –se controló justo cuando iba a explotar. Si aquello era una prueba, para ver si encontraba más cosas que echarle en cara, Rebecca no iba a morder el anzuelo–. Mire, usted sabe que es la enfermera la que utiliza la mayor parte del material desechable. El doctor Winthrop siempre confió en mí…

–Sí, ya lo sé –la interrumpió con impaciencia–. Paul Winthrop es el bueno y yo el extraño despiadado, el emisario del diablo.

Aquel estallido infantil sorprendió a Rebecca. Había sonado casi humano. Incluso podría haber sentido simpatía por él si aquello de «su comportamiento del viernes» no le hubiera estado dando vueltas a la cabeza.

No era asunto suyo. ¿Por qué no le decía abiertamente que era la zorrita de la clínica en lugar de andarse con rodeos propios de un colegial?

–Siento mucho que se sienta tan perseguido en Mystery, doctor. Supongo que los habitantes de por aquí les pareceremos unos

paletos a los de fuera, que son tan sofisticados.

A John le entraron ganas de reír. La miró fijamente pensando en lo equivocada que estaba. ¿Sofisticado? ¿Qué pensaría aquella boba si supiera que había crecido en una caravana abandonada o que las niñas bonitas, como ella, se reían de él en el colegio porque su familia era muy pobre? La facultad de medicina había sido la única salida y se había agarrado a ella como a un clavo ardiendo.

No importaba lo que él pensara porque Rebecca no le dio tiempo ni a contestar.

–Yo soy la enfermera –continuó alterada –y dentro de mis deberes está hacer los pedidos de material médico. Si tiene alguna queja de Rocky Mountain…

–No, qué más da –contestó sarcástico–. Yo solo soy el médico, no deje que interfiera en sus planes.

–Le he dicho que si quiere…

–Pídalos a una contrata de limpiezas de Hong Kong, me da exactamente igual –le espetó con brusquedad–. Tiene usted razón: es su trabajo, no el mío. Gracias por haber venido.

Se sentó en su mesa y abrió un ejemplar de una revista de medicina. Se suponía que le estaba indicando que se fuera.

Rebecca se dio cuenta de que no estaba leyendo. Vio que sus ojos reflejaban una furia terrible que hacía que se le contrajeran todos los músculos de la cara.

El sentimiento era mutuo. Los ojos de Rebecca también le dejaron claro a él que no lo aguantaba.

–Solo una cosa más, señorita O’Reilly.

Al oír su voz, Rebecca se dio la vuelta.

–¿Qué? –preguntó desde la puerta.

–En lo que respecta a lo que vi el viernes… sus, eh, líos personales son asunto suyo, por supuesto. Pero los profesionales no mezclan el placer y el trabajo porque, como estamos viendo, acarrea problemas innecesarios. Intente dejar su vida amorosa apartada de la laboral.

Aquello hizo que Rebecca se pusiera de los nervios, pero decidió que no iba a dejar que él lo supiera. Al fin y al cabo, no debía importarle lo que pudiera pensar de ella. Pero aquel tipo era demasiado cotilla.

Rebecca torció la boca en un gesto insultante.

–A pesar de que es obvio que se cree que es superior a todos los que lo rodean, le diré que no estamos en la Edad Media y que usted no es el amo y señor de sus empleados. Soy enfermera, no sirvienta. Mi vida personal es mía y solo mía. Además, no tiene derecho a

hacer observaciones ridículas como la que acaba de hacer. En realidad, no tiene derecho ni siquiera a hablar de mi vida amorosa.

«O de que no exista», concluyó para sí misma.

Se hizo el silencio y se quedaron mirando fijamente. Rebecca lo miraba desafiante.

John miró por la ventana como si se hubiera rendido, pero recogió el guante.

–Si fueras mía –contestó–, te cambiaría por un oso feroz. Seguro que así estaríamos todos más a gusto en el trabajo.

«Humor negro. Justo lo que necesitamos en Mystery de un médico de Chicago», pensó Rebecca.

Se dio la vuelta y salió de la consulta. No percibió que su mirada se clavaba en ella. Caliente. Caliente.

Hazel McCallum salió de su casa para ir al médico. A su paso, todos sus empleados la saludaron respetuosamente. Su familia había sido la única que no había cedido ante la fiebre del petróleo. Su ganadería, la Lazy M, seguía dando guerra.

Dio una curva, atravesó un pequeño puente de piedra y pasó junto a la valla blanca de la casa que acababa de adquirir John Saville. Le seguía pareciendo demasiado grande para un soltero. Necesitaba una mujer, niños, perros, gatos.

Rebecca estaba equivocada con él. Hazel estaba segura, aunque él tampoco hablaba mucho de su pasado.

También sabía que decírselo no serviría de nada. Rebecca era demasiado cabezota, demasiado joven e independiente. Tendría que descubrirlo por sí sola, con algo de ayuda, por supuesto. Estaba convencida de que John Saville y Rebecca harían una pareja ideal.

El Alfa Romeo del médico estaba aparcado en su plaza de la clínica. Hazel aparcó al lado y entró bromeando sobre la vestimenta de los turistas, que cada vez iban más a Mystery.

Lois se rio, pero Hazel se dio cuenta de que Rebecca estaba enfadada.

–¿Qué tal con tu jefe? ¿Ya te llevas mejor con él? –le preguntó.

–Será mejor que tengas cuidado con lo que dices –bromeó Rebecca–. Las paredes oyen.

–¿Eso quiere decir que no?

–Eso es un gran no. La verdad es que hay gente que se toma demasiado en serio su trabajo.

–Mira quién fue a hablar –comentó Hazel con dulzura.

–Haré como que no te he oído. No te sorprendas si me ves

dentro de poco buscando trabajo en el periódico. Si este tipo llevara anillo, nos haría besárselo.

–Amén –intervino Lois tosiendo como advirtiendo a Rebecca de que la podía oír. Sin embargo, a raíz de su última conversación, Rebecca estaba tan enfadada que no le importaba. Además, Hazel no era una paciente, era como de la familia.

Hazel decidió que lo que necesitaba Rebecca era una cita infernal, que recordara a la princesita lo que era el mundo real. Tal vez, así, vería a John Saville con otros ojos.

–¿Por qué sonríes? –inquirió Rebecca acompañándola a la consulta.

–Por nada. Estaba haciendo castillos en el aire –contestó arremangándose.

Rebecca le hizo la exploración completa: tensión, ritmo cardíaco, temperatura corporal y peso.

–¿Nunca engordas?

–No sé. Los McCallum no nos pesamos nunca. ¿Para qué? Al único al que le puede importar que engordes es a tu caballo.

En ese momento, apareció John Saville, elegante y guapo. Rebecca le dio los datos de la paciente y se fue sin mirarlo.

Hazel se dio cuenta de que habían tenido sus diferencias.

–¿Qué tal te encuentras, Hazel?

–Mejor que nunca –contestó la aludida–. Gracias a mi médico.

John se sentó en la misma silla que ocupara Rebecca.

–Eso parece –dijo mirando los resultados de la exploración–. Pero le dijo a la señorita O'Reilly…

–¿Tanto le cuesta llamarla Rebecca?

–Le dijo a Rebecca que me quería consultar algo de la dieta que debe seguir tras la operación.

–Sí, creo que le dije algo así, pero tengo una cuestión mucho más interesante en la cabeza. ¿Ha visto alguna vez a un gato esperando junto a la madriguera de una ardilla?

–Pues no y mira que he vivido en todas partes y he visto muchas madrigueras de ardillas, pero nunca he visto gatos cerca.

–Pues venga a mi casa alguna vez. Tengo madrigueras y gatos. Merece la pena verlo. La paciencia del gato solo se ve sobrepasada por una cosa: la seguridad que tiene de que habría merecido la pena.

John la miró fijamente durante unos cinco segundos y se dio cuenta de que estaba en presencia de una persona muy perceptiva.

–Eso es un mensaje para mí, ¿verdad?

Sí, pero Hazel no se lo iba a decir. Sabía que tenía que darle al

doctor su propia medicina en dosis pequeñas. No lo admitiría, pero estaba loco por Rebecca. Tal vez, no colado todavía del todo, pero lo estaría.

Estaba enfadado con ella, lo irritaba, minaba su seguridad en sí mismo. Hazel se conformó con plantar la semilla en aquella visita. Ya tendría tiempo de regarla más adelante. Y, así, haría su jardín del amor.

–¡Uy, qué tarde es! –comentó Hazel mirando el reloj y levantándose. El doctor se levantó también–. Tengo que podar los árboles y ayudar a recoger al ganado. Gracias por sus consejos.

–¿Qué consejo? Pero si no le dado ninguno.

–Bueno, pero, si lo hubiera hecho, seguro que habría sido maravilloso.

–Pero, Hazel, si no hemos…

–Hasta luego –se despidió saliendo al vestíbulo. Todavía le quedaba un poco más de medicina por repartir.

Dejó la puerta abierta adrede para que John la oyera.

–Becky, querida, ¿te acuerdas de Rick Collins, el hijo de Larry, mi contable?

–¿Hemos coincidido alguna vez? –preguntó Rebecca atareada con el inventario de material.

–No exactamente. Lo viste una vez en el coche en mi casa y me preguntaste quién era aquel chico tan guapo.

–No me acuerdo…

–Dijiste que tenía una sonrisa muy bonita, así que le he dado tu número de teléfono –comentó como si nada–. Le dije que te llamara y que no tardara mucho en hacerlo porque había una larga lista de espera.

–Hazel –protestó–. No me acuerdo de él…

–Larry dice que es un chico muy divertido –interrumpió Hazel–. Lee mucho y a ti siempre te han gustado los chicos que leen.

–Hazel, no puedo…

–Lois, cuando llegue a casa te haré un cheque –informó la aludida saliendo por la puerta. Al volver la mirada atrás, vio a John Saville mirando a Rebecca tan enfadado como siempre.

«No os confundáis, jovencitos. El amor siempre encuentra su camino», reflexionó mientras iba hacia el coche.

«O, por lo menos, un buen agente», añadió con un brillo juguetón en los ojos.

# Capítulo Tres

Rick Collins siguió el consejo de Hazel y la llamó aquella misma noche, a los pocos minutos de que Rebecca llegara a casa, un estudio en la calle Bluebush, al sur de Mystery.

Vivía a solo diez minutos del hospital donde había estado unos meses, antes de que el doctor Winthrop la contratara por los buenos informes que le llegaron de ella.

La impresión que le quedó de Rick por teléfono fue buena. Tenía una voz bonita, masculina, pero no demasiado. Además, se había presentado sin rodeos y la había invitado a cenar el siguiente fin de semana.

Había sido muy directo, pero Rebecca lo agradeció y aceptó. Se había mostrado amable, pero no demasiado, tampoco nervioso, como muchos otros chicos, que daban demasiada importancia a una cita. El restaurante que había elegido, el Hathaway House, era el mejor de Mystery, un sitio respetable, ideal para la primera cita.

Rebecca colgó el teléfono sintiéndose mejor de lo que solía cuando accedía a tener una cita a ciegas. Bueno, no era completamente a ciegas. Al final, había recordado a Rick. Lo había visto hacía unos meses desde casa de Hazel.

Recordó su melena rubia y su sonrisa sensual cuando la pilló mirándolo. Rick era cuatro o cinco años mayor que ella y no sabía mucho más de él, solo que estaba soltero y que trabajaba en una multinacional.

Le había molestado un poco que fuera tan formal, a ella le gustaba flirtear un poco, pero él había ignorado las oportunidades que Rebecca le había dado por teléfono de hacerlo.

Esperaba que no fuera otro John Saville. Otro guapo que guardaba sus encantos para las debutantes y los licenciados de Vassar.

Había algo más que no le había gustado. Hazel le había dado a entender que conocía bien a Rick, pero él había dicho que casi no se conocían. Tal vez, Hazel había exagerado un poco, pero no pasaba nada. Aquella mujer siempre se había visto como una cruzada en la

causa del amor. La verdad es que había tenido sus victorias.

Amor… Rebecca se retiró de la cara unos mechones que se le habían escapado mientras fregaba unos platos. Volvió a pensar en cómo sería «hacerlo». Había estado a punto unas cuantas veces con Brian, pero algo la había parado… algo dentro de sí le había dicho que no era el momento. Ahora lo veía claro: la total falta de compromiso por parte de Brian. Rebecca confiaba en que, la próxima vez que tuviera la oportunidad, su instinto la dejara seguir adelante. Estaba harta de ser virgen.

Si no era capaz de encontrar amor, al menos, quería hacer ver que sí.

De repente, se dio cuenta de que estaba pensando en John Saville, en sus intensos ojos azules, y sintió un desasosiego en la boca del estómago.

«Muy bien. Te acaba de pedir salir un chico encantador y tú, aquí, pensando en un ser egoísta y esnob que no se dejaría ver en público contigo jamás», se reprochó.

Otro médico en su vida podría significar el manicomio. Borró la imagen de John Saville y siguió fregando los platos.

Sorprendentemente, el resto de la semana fue bien en la clínica. John Saville parecía estar de buen humor. El viernes por la tarde se acercó a su mesa.

–Señoritas –anunció en tono solemne–, he estado revisando los libros contables del doctor Winthrop y he visto que llevan dos años sin que les suban el sueldo –miró a Rebecca y sus ojos se posaron en el jersey de cachemir que llevaba y en cómo le marcaba los pezones. Carraspeó–. He hablado con el administrador y le he dicho que les aumente el sueldo en un 10% con carácter retroactivo desde que yo llegué y que les dé tres días más de vacaciones.

Rebecca estaba tan sorprendida que no podía hablar.

Lois se apresuró a darle las gracias en nombre de las dos. La segunda sorpresa fue verlo sonreír.

–No tienen que agradecérmelo. Es su sueldo. Se lo ganan –contestó agarrando el correo y volviendo a su despacho.

Lois miró a Rebecca y se abanicó con la carpeta que tenía en la mano, como para quitarse el sofoco.

–Tiene una sonrisa de lo más sexy. Le quedan fenomenal los pantalones de espiga, ¿verdad? Sobre todo, por detrás –comentó Lois–. Muy mal por mi parte hacer un comentario tan adúltero. Si se enteraran los cuatro magníficos –añadió. Los cuatro magníficos eran

su marido, Merrill, y sus tres hijos, que tenían un taller en Colfax–. Además, en realidad te miraba a ti, señorita O'Reilly. Uy, uy, uy.

–No te lo crees ni tú –contestó Rebecca sin inmutarse–. A no ser que el doctor tenga la fantasía de mezclarse con alguien de los bajos fondos.

–Ingrata. Pero si nos acaba de subir el sueldo y ha estado de lo más simpático.

–Estoy encantada de que me haya subido el sueldo, pero es que nos lo merecemos, la verdad, como él ha dicho. Yo creo que este hombre es de los que da una de cal y otra de arena.

Las dos mujeres se rieron. No había peligro. El doctor no estaba en su consulta.

–¿Divirtiéndose, señorita O'Reilly? –dijo Rebecca imitando al doctor–. No está usted en esta clínica para pasárselo bien.

De repente, oyeron sus pasos e intentaron recuperar la compostura, pero no pudieron.

–Señorita O'Reilly, ¿han llegado ya los resultados de la analítica de Bernie Decker? –preguntó él como tantas veces, en tono educado.

–Sí, doctor –contestó Rebecca. No pudo aguantar más y se rio abiertamente, lo que hizo que a Lois se le contagiara la risa.

John Saville no tardó mucho en comprender que se estaban riendo de él y, entonces, Rebecca se sintió inmensamente culpable. Lo vio dolido.

–Muy bien –comentó controlándose–. Volveré cuando se les haya pasado el ataque de risa.

Rebecca se sintió tremendamente culpable durante el resto del día y, poco antes de irse a las cinco, se acercó a pedirle perdón.

–No se preocupe, no me ha destrozado la vida –la interrumpió él.

En ese momento, desapareció la culpa de un plumazo. De camino a casa, se recriminó el haberse preocupado por un ser tan despreciable como él. Cada vez le recordaba más a Brian.

Pensó en su cita con Rick Collins, pero no podía apartar a John Saville de su mente.

Se dio un buen baño de espuma y contempló el atardecer. Mucho más relajada, se vistió y se peinó.

–Muy guapa –se dijo a sí misma mirándose al espejo–. Si juega bien sus cartas, señor Collins, quién sabe. A la chica le apetece.

El toque final lo ponían unos preciosos pendientes que habían

sido de su madre. Mientras se los ponía, los ojos acusadores de John Saville le volvieron a la cabeza.

Era el último en el que quería pensar aquella noche.

Se dio cuenta de que eran casi las siete, así que se puso un poco de colorete y se dispuso a disfrutar de su cita. Al demonio con John Saville.

Rick Collins llamó a la puerta a las siete en punto, bastante apuesto con su traje de noche. Llevaba el pelo más corto que cuando lo había visto y era más fuerte de lo que había imaginado. Rebecca se llevó una buena primera impresión.

Su sonrisa seguía siendo tan sensual como la recordaba. Tenía una dentadura de estrella de cine.

Sin embargo, no le gustó mucho el coche, una enorme pickup de ruedas gordas. Al subirse tuvo la impresión de que se estaba metiendo en una tanqueta.

A partir de ese momento, la cita resultó un desastre.

Durante el trayecto al restaurante, no hizo caso de los comentarios de Rebecca, que intentó sacar varios temas de conversación. Estaba demasiado concentrado en recitar, como de memoria, diferentes datos, como las mascotas de diferentes equipos, el consumo medio de chocolate, la cura de la difteria, una retahíla interminable de cifras irrelevantes que ponía de manifiesto que tenía una buena memoria, pero nada más. Sí, Hazel, tenía razón. Aquel tipo leía mucho, pero no libros.

Al poco tiempo, Rebecca se dio cuenta de que su tono de voz era siempre el mismo. Era como si estuviera leyendo el listín telefónico. La monotonía de su voz pronto la irritó.

Para cuando llegaron al restaurante, Rebecca lo único que quería era huir. Aquel tipo no se callaba ni a la de tres.

–Pues sí, no es broma –iba diciendo–. Charles Bronson se llamaba, en realidad, Charles Buchinsky.

–¿De verdad? –murmuró Rebecca.

–Sí, y John Denver se llamaba Henry John Deutschendorf Jr. ¿Sabes cómo se llama en realidad Eric Clapton?

–No, pero seguro que tú, sí.

Se rio.

–Eric Clap. No es broma.

Rebecca se preguntó cómo iba a hacer para soportar las dos horas de cena.

El restaurante era maravilloso, tanto por fuera como por dentro, pero eso a ella no le importaba. En realidad, todavía estaba avergonzada por su llegada. La habían tenido que ayudar a bajar de aquel monstruo de coche.

–El caballo de Hopalong Cassidy se llamaba Topper –iba recitando Rick mientras los acompañaban a la mesa–. Dale Evans montaba a Buttermilk, el de Billy el niño era Diablo, Gene Autry montaba a…

«Adiós a mis ilusiones», pensó Rebecca sonriendo para sí con ironía. Por desgracia, él malinterpretó su sonrisa como un gesto coqueto.

–Estaba pensando que, tal vez, después de cenar podríamos ir un rato a la carretera de Turk.

No podía decirlo en serio. Rebecca sintió un escalofrío de asco. Esa zona era donde iban las parejas de antes de que construyeran allí un basurero. O llevaba mucho tiempo sin ir o no le molestaba el mal olor.

–Lo dices en broma, ¿no? Allí huele que apesta.

–No si sopla viento del norte, como hoy, y no bajas las ventanas.

Llegó el camarero y Rick encargó una botella de vino blanco que Rebecca no pensaba ni probar.

Se le había quitado el hambre.

–Me gustaría irme a casa. No me encuentro bien.

–¿Cómo? Pero…

–No me encuentro bien –insistió en un tono tan firme que él no pudo negarse. Además, ella ya estaba de pie con el bolso en la mano.

–¡Vaya por Dios! Hazel no me dijo que fueras tan imbécil.

«Por lo menos tiene genio», pensó ella mientras salían del restaurante bajo las miradas de los curiosos.

–La furgoneta dorada –pidió Rick al aparcacoches.

Este se fue a buscarlo, pero volvió sin él.

–Lo siento, señor, pero tiene una rueda pinchada. Si tiene un gato grande, nosotros se la cambiaremos.

Rebecca no se podía creer su mala suerte.

–No, no tengo, tendrá que venir una grúa –contestó mirando a Rebecca como si fuera culpa suya–. Me parece que vas a tardar un rato en volver a casa.

«Menuda cita del demonio», pensó mientras Rick se alejaba con el aparcacoches para evaluar los daños.

# Capítulo Cuatro

«Fantástico», pensó Rebecca mientras su acompañante buscaba el teléfono de la grúa. En Mystery Valley casi no había taxis y el único autobús que había hacía el recorrido del aeropuerto, así que no le servía.

Hazel… su casa no estaba muy lejos. O, tal vez, la de Lois…

De repente, vio algo rojo con el rabillo del ojo. Se giró y vio a John Saville, que salía de un salto de su descapotable y se metía en el restaurante a toda prisa.

–Aquí está –dijo Rick al encontrar el número–. No tardará mucho. No lo entiendo, estaban nuevas.

Rebecca estaba en la acera, enfadada, preguntándose qué habría pasado dentro para que hubieran llamado al doctor Saville. Cuando ellos habían salido, todo estaba en orden.

Una rueda pinchada de repente y la repentina llegada del doctor… desde luego, menuda nochecita.

Rick terminó de hablar por teléfono.

–De cuarenta minutos a una hora –la informó.

Rebecca consiguió no abofetearlo. Tampoco era culpa suya, la verdad.

–Me voy dentro a ver si puedo llamar a…

–¡Rebecca!

Aquella voz era de John Saville. La aludida se dio la vuelta. Él se acercó, vestido con vaqueros desgastados y un jersey blanco.

«Me ha llamado por mi nombre», pensó.

–Doctor Saville –lo saludó. Al ver que miraba a Rick, no tuvo más remedio que presentarlos–. Rick Collins, este es mi jefe, el doctor John Saville.

–Perdón por molestaros, pero, ¿sabes algo de una señora mayor a la que le ha dado un mareo en el restaurante? Me han llamado hace unos minutos, pero dentro nadie sabe nada.

Rebecca reflexionó. Qué raro. Todos sabían que Hazel era una alcahueta, pero aquello sería demasiado. Lo desechó con la misma rapidez con la que se le había ocurrido. Tenía otras cosas en las que

pensar.

–Yo no he visto nada –contestó–. ¿Y tú, Rick?

–A lo mejor ya se ha ido –dijo sin interés, molesto porque se le habían fastidiado los planes.

–Bueno… –dijo John Saville mirando a Rebecca. Era la primera vez que la veía con el pelo suelto–. Bueno, supongo que habrá sido una falsa alarma.

–Doctor Saville, verá, a Rick se le ha pinchado una rueda y… ¿le importaría llevarme a casa? –preguntó deseando que hubiera sido cualquier otra persona a la que tenía que pedir aquel favor.

–La verdad, doctor, es que Rebecca no se encuentra bien y nos haría usted un favor a todos si la llevara a su casa –intervino Rick.

–Encantado –contestó John.

–Gracias, Rick –dijo Rebecca.

El aludido asintió y se dio la vuelta, haciendo que ella se sintiera culpable.

–¿De verdad que no te encuentras bien? –le preguntó John mientras le abría la puerta del Alfa Romeo.

–Es lo que las mujeres llamamos un dolor de cabeza muy oportuno.

–Ah… en la universidad no se enseña ese tipo de dolor de cabeza –comentó dando la vuelta al coche y encendiendo el motor–. Siento mucho que no haya funcionado. Parecía un buen chico.

–Sí, claro, pues salga usted con él –contestó. Se arrepintió al instante.

Rebecca lo observaba mientras conducía. De repente, la pilló.

–Bonita cazadora –dijo para disimular.

John cambió de marcha y, al hacerlo, le rozó la pantorrilla.

–Me la regaló mi padre.

–¿Era piloto del ejército?

Una sombra le cruzó el rostro o tal vez fuera la sombra entre las farolas.

–No –se limitó a decir.

«No le va a contar su vida privada a una empleada, claro», se dijo ella con sarcasmo. A decir por la arrogancia de su hijo, seguro que su padre era un general condecorado.

Al parar en el semáforo, le volvió a rozar la pierna. Rebecca tenía frío y él le puso la cazadora sobre los hombros antes de salir de la ciudad.

–No hace falta…

–Sí, la vas a necesitar porque me gusta conducir deprisa.

Rebecca comprobó rápidamente que era cierto. Era un avezado

conductor. El Alfa Romeo rugía en mitad de la noche estrellada. Rebecca se dio cuenta de que, cada vez que cambiaba de marcha, y lo hacía continuamente, los músculos de su brazo se tensaban y rozaban su pantorrilla.

Era imposible moverse, no tenía espacio para ponerlas en otro sitio. La verdad era que le estaba gustando la vibración de la palanca de cambios contra la pierna, la potencia del motor y el contacto eléctrico de sus dedos…

No, debía apartar esos pensamientos eróticos de su mente. Seguía queriendo guerra aquella noche, pero aquel hombre no era el apropiado. Lo único que conseguiría deseando al doctor Seco era meterse en problemas. Sería como con Brian, a quien le habría encantado acostarse con ella, pero no había querido estar a su lado para siempre.

Era inútil intentar sacar un tema de conversación porque, entre el motor y el viento, no se oía nada. Sin embargo, a tres kilómetros de Summerfield, se encontraron con un camión delante.

Rebecca recordó que le debía una disculpa por haberse reído de él aquel día en el trabajo.

–Doctor Saville…

–Llámame John. No estamos en el trabajo –le dijo como si fuera una orden, no en tono amigable.

–John. Lois y yo no nos estábamos riendo de ti esta mañana. Solo teníamos el día tonto.

–No te preocupes, no he cambiado de opinión en cuanto al aumento de sueldo.

Aquel tono sarcástico hizo que Rebecca se enfureciera.

–Esto es lo que me pasa por intentar mostrarme humana contigo –murmuró con acidez.

John se quedó sorprendido, pero aquello le recordó la vergüenza que le habían hecho pasar. Se mordió la lengua para no decirle lo que pensaba.

John adelantó al camión y volvió a conducir a toda velocidad. El silencio le vino bien a Rebecca para pensar. Una cita concertada por Hazel, un repentino pinchazo, una supuesta emergencia para el doctor…

–¿Por dónde? –preguntó John.

–Hay que atravesar la ciudad y torcer a la derecha en Bluebush Road –contestó–. Vivo en los apartamentos Sagewood, a tres kilómetros fuera de la ciudad.

Al cabo de unos minutos, frenó frente a su casa y esperó impaciente a que ella le devolviera la chaqueta y saliera del coche.

Él no salió para ayudarla y Rebecca se bajó lo más graciosamente posible, teniendo en cuenta que los descapotables y las minifaldas no eran muy compatibles. Se dio cuenta de que la estaba mirando.

–Gracias por traerme a casa.

–Me pilla de camino –contestó él, dando a entender que solo lo había hecho por eso.

Aceleró y se perdió de vista rápidamente.

John agradecía el viento fresco en la cara. Estaba ardiendo por el contacto con la pierna de Rebecca. Aquella imagen con el pelo castaño suelto, enmarcándole la cara a aquella descarada inocente…

Rebecca O'Reilly, que tenía una sonrisa que desarmaba a cualquiera, era la mujer más guapa que había visto nunca. A pesar de que le habían dicho que era divertida y optimista, con él no lo era en absoluto.

Había visto en sus ojos que lo odiaba.

Lo detestaba desde la primera vez que se vieron. Seguramente sería porque él no era tranquilo e informal como su querido Paul Winthrop u otros hombres que conociera, porque no bromeaba en el trabajo. Lo ponía de los nervios su desprecio y todavía lo enfadaba más que le importara.

¿Y por qué iba a tener que hablarle de su padre? ¿Piloto?… Menuda ironía. Su padre le había comprado aquella cazadora porque se sentía culpable por todas las palizas que le había dado en su infancia. Woodrow Saville no había pasado de sargento y, al final, lo habían echado del ejército por mal comportamiento. Lo único que podía permitirse pagar era una caravana cerca del basurero de Bitterroot Valley.

Su padre había descargado sobre él toda su amargura por sus fracasos. Aunque era un estupendo estudiante y un buen deportista, siempre le decía que no sabía hacer nada.

Recordó su voz y aquella frase que no paraba de repetir. «John, el fracaso no existe. Solo los débiles quieren gustar a los demás». Aquello le había marcado la vida. A pesar de ser un cirujano de renombre, todavía le escocían.

Todo aquello no impedía que recordara a Rebecca quitándose el pelo de la cara y sus larguísimas piernas. John era consciente de que la deseaba. Hacía mucho tiempo que no se acostaba con una mujer, aunque le habían hecho proposiciones varias veces.

Ninguna había sido tan mordaz, salvaje y bromista como

Rebecca. Su sola mirada, hacía que un escalofrío le recorriera la espalda. Cada vez le costaba más sentirse despreciado por ella. Le era imposible mirar a otra mujer.

Lo único bueno era que tenía el fin de semana libre y se iba a ir los dos días a un lugar donde sí lo apreciaban.

Estaba encantado con sus fines de semana secretos. «¿Quién sabe? Incluso, a lo mejor, consigo olvidarme de ella», se dijo.

A las nueve y media de la noche, habló con Hazel por teléfono y la informó de que su cita había sido un completo desastre y de la casual aparición del doctor.

–Y seguro que estuviste borde con él, ¿verdad?

–Sí… un poco –contestó, pensando en su reacción física ante el roce de sus dedos–, pero no hay otra manera de tratarlo. Es exactamente igual que Brian aunque, cuando quiere, es de lo más simpático. El otro día, por ejemplo, apareció Louise Wallant en la clínica, no tenía cita ni nada, pero pasó a su consulta y estuvieron un buen rato con la puerta cerrada. Creo que están en boca de todo el mundo. Hacen una pareja perfecta. Ella es la mujer ideal para un tipo como Brian, así que es perfecta para el doctor Saville.

–Hombre, un buen partido como él no va a estar toda la vida libre.

–No creo que tarde mucho en casarse. En cuanto encuentre a una mujer rica, y hay unas cuantas que buscan cualquier excusa para plantarse en su consulta.

–Por lo que he oído hoy en la panadería de Selmer, esa mujer rica podría haber aparecido ya en su vida.

Rebecca se quedó perpleja, descompuesta ante el fastidio que le produjo la noticia.

–¿Quién es?

–Louise Wallant, ¿quién iba a ser? –al oír ese nombre, Rebecca sintió náuseas–. Podría no ser más que un cotilleo, pero, según Edna Beck, él eligió Mystery Valley para ejercer por ella. Parece ser que se conocieron un verano cuando él todavía era estudiante. No sé, podría ser todo un rumor.

–Si es verdad, desde luego, son la pareja perfecta –repitió Rebecca con desprecio.

Louise era rica, guapa y mimada. Durante todos los años de colegio había intentado quitarle a Rebecca cualquier chico que mostrara el más mínimo interés por ella. Intentó convencerse de que no le importaba nada que se quedara con el doctor Seco.

Rebecca colgó sintiéndose irritada y un poco molesta. Era la última vez que dejaba que Hazel le hiciera una cita a ciegas.

Pronto se le pasó el enfado con Hazel y se dispuso a tomar un poco de quiche, pero se le había pasado el hambre. Recogió la cocina y se fue al sofá del salón a leer.

No podía concentrarse.

Recordó que John Saville había cambiado el mensaje del teléfono de la consulta aquella tarde. Siempre dejaba el suyo por si había alguna urgencia, pero en el nuevo decía que iba a estar fuera el fin de semana y que llamaran a otro médico. Ya les había dicho a Lois y a ella cuando llegó que, de vez en cuando, se iría los fines de semana.

No pudo evitar preguntarse si estaría con Louise.

–¿Y a mí qué me importa? –se preguntó en voz alta–. Que les cunda.

# Capítulo Cinco

–Vaya, el doctor parece agotado y tiene dos operaciones –comentó Lois el lunes por la mañana–. ¿Has oído lo que va diciendo por ahí Edna Beck?

Rebecca asintió. Aquel rumor la ponía de los nervios, pero se recordó que no tenía nada que hacer, los médicos no se fijaban en chicas pobres con coches de segunda mano.

–Sí, espero que hayan estado ocupados todo el fin de semana. A ver si eso hace que se le quite un poco el mal humor.

Lois miró a su compañera. Estaba enfadada.

–La cita del viernes fue un desastre, ¿no?

–Más bien todo el fin de semana ha sido un desastre. Solo me ha servido para ser dos días más vieja.

–Bueno, todavía te lo puedes permitir. Verás cuando llegues a los cuarenta.

–Ya –contestó Rebecca nada convencida. Ya veía el anuncio «Virgen de cuarenta años busca desesperadamente a cualquier hombre que esté medianamente bien».

Aquello la llevó irremediablemente a pensar en el viernes por la noche con el doctor Saville. Había estado incluso peligroso y excitante… nada que ver con el médico para el que trabajaba.

De un tema saltó a otro y se encontró pensando en Louise Wallant. Estaban juntos, estaba claro. No sabía si sería una aventura o algo duradero, pero estaban juntos. Intentó convencerse de que a ella le daba igual.

En ese momento, se abrió la puerta de la consulta y salió él escoltando a su paciente, que no era otra que Lauren. Había que tener una buena paciencia para aguantar a mujeres como ella, que no paraban de hablar de sí mismas, pero él trataba muy bien a sus pacientes.

Era cierto. Parecía cansado. No se había peinado y tenía los párpados un poco más cerrados que de costumbre. Rebecca pensó que así estaría después de una noche entera haciendo el amor.

No, no debía seguir por ese camino. Era de locos. No. Nunca.

Preocupada, se arrodilló para contar cuántos frascos de jarabe tenían y no se dio cuenta de que Lauren se había ido y de que John Saville la estaba mirando.

Por un momento, al verla, se olvidó por completo de lo que le iba a decir. Al arrodillarse se le había subido bastante la falda y habían quedado al descubierto sus maravillosas y bien formadas piernas. Además, el escote de pico, dejaba entrever sus pechos.

Aquella visión inesperada hizo que John se excitara y, justo en ese momento, ella lo pilló mirándola.

«Será mejor que toques retirada, Saville. Le dices que tiene que ser profesional y aquí estás tú, delante de ella, con una excitación evidente», se reprochó.

Se apresuró a ponerse la carpeta delante con la esperanza de que ella no se diera cuenta de lo que estaba ocultando.

Rebecca se puso en pie y se atusó la falda.

–¿Necesita algo, doctor?

La ironía de sus palabras hizo que John se sintiera como un ladrón pillado con las manos en la masa. Aquella mujer era estupenda con los pacientes, era eficaz, inteligente y cariñosa. Sin embargo, con él siempre se mostraba fría.

–Solo quería decirte que acepto las disculpas que intentaste pedirme el viernes por la noche –dijo sin ninguna gracia.

–Muchas gracias –contestó ella sonrojada–. Siempre se siente uno mejor cuando lo perdonan.

–Bien –dijo él con el ceño fruncido, pero derritiéndose por dentro.

Se alejó e, instantes después, se oyó el portazo de su consulta.

Lois llegó al mostrador y miró a Rebecca.

–Me parece que os lleváis un poco mal –le comentó a su amiga.

–Hay otros trabajos –dijo Rebecca.

–Cálmate, bonita. Esa vena de la sien te delata.

–No lo puedo evitar, Lo. Me altera.

–Ya, ya me he dado cuenta –contestó Lois sonriendo con malicia.

Rebecca se quedó muy sorprendida cuando, a media tarde, se personó Hazel diciendo que quería una cita con el doctor.

–Pero si estuviste aquí la semana pasada. ¿Qué te pasa?

–Es que Mitty Ames me ha hablado muy bien de estas vitaminas y quiero que el doctor les eche un vistazo –contestó mostrándole un

frasco.

–Hazel, tú sabes mucho de vitaminas. El doctor Winthrop solía decirle a sus pacientes que hablaran contigo cuando buscaban consejo –le dijo con la mosca detrás de la oreja.

–Bueno, pero, ¿qué es esto? Vengo para hacer una consulta y me asaltas con el tercer grado. ¿Está ocupado?

–No –contestó Rebecca consultando el dietario–. Está con alguien ahora, pero ya no hay nadie más citado, aunque luego tiene que irse al hospital a operar. Se lo consultaré.

–Gracias, cariño.

Cinco minutos después, Hazel y John Saville estaban a solas de nuevo en la consulta.

–Bueno, a ver, jovencita. ¿Qué es eso de unas vitaminas…?

–Nada, olvídese, era solo una excusa. Bueno, ¿qué os pasa a los jóvenes de hoy en día? ¿Necesitáis una descarga eléctrica?

–¿Cómo?

–Nada de cómos ni de comas. Sé sincero. ¿Te gusta Rebecca O'Reilly?

–Yo, eh… bueno –acertó a contestar completamente anonadado.

–Dilo –lo instó–. ¿Sí o no? –John se frotó la cara con las manos y se sentó–. Eso es un sí. ¿Y a qué estás esperando?

John sonrió amargamente.

–Si cree que la señorita O'Reilly y yo tenemos futuro juntos, se equivoca. Para empezar, ella no me aguanta. No sé por qué.

–Un médico le rompió el corazón.

–Todos hemos sufrido reveses. Yo no puedo curarle eso –contestó él.

–Puede que no sea a ella a quien haya que curar. Puede ser que sea al doctor.

John se pasó los dedos por el pelo con exasperación. La matriarca de Mystery estaba demasiado cerca de la verdad. Rebecca no era para él. Era demasiado impredecible y no mostraba ningún interés por él. Las famosillas con las que se había liado en los últimos años sí eran su tipo. Mercenarias. Esas sí se le daban bien. La obsesión de su padre por el fracaso le había enseñado a no arriesgarse en el amor.

–De verdad, aunque tú creas que son obstáculos insalvables, son solo pequeños baches en el camino del amor verdadero. Rebecca y tú hacéis una pareja perfecta.

–Me parece un poco exagerado decir eso cuando ni siquiera soy capaz de desentrañar lo que se le pasa por la cabeza…

–Deja a un lado tus estudios de medicina. No pierdas el tiempo

intentando analizar a Rebecca. Acepta cómo es y disfruta de ella. Es un ser formidable.

–Eso no se lo discuto. Es que… yo, no…

–Sé cuál es el problema. Cuando la miras y ves todos esos mechones rojos en su pelo piensas «fuego». Sin embargo, tú crees que dentro de ti no hay más que hielo. Es tan diferente a ti que no te puedes ni imaginar que pudierais estar juntos. Fantasías sexuales, sí, pero no crees que pudieras estar con ella fuera de la cama. ¿Me equivoco? –John no contestó–. Estoy acostumbrada a tener razón. El amor es como aprender a montar a caballo. Primero, aprendes a ir al paso, luego al trote y, por último, al galope. Hay que ir paso a paso y, sin darte cuenta, estarás galopando.

Hazel se levantó.

John se levantó también mirándola sorprendido. Había entrado en los problemas más hondos de su corazón con la misma precisión quirúrgica de la que él se enorgullecía de sí mismo.

–Compórtate como el hombre que sé que eres y conseguirás que ella también galope –insistió Hazel–. No te dejes asustar por una mujer que es muy diferente a ti. ¿No somos el sexo opuesto?

Al ver que Hazel sacaba la chequera, John negó con la cabeza.

–Guarde eso. Si acaso, sería yo el que tendría que pagarle la consulta de hoy.

–No, debo pagarle. Si no, Rebecca sospecharía algo y, entonces, tendrías problemas. Conque me des un día una vuelta en ese coche tan bonito que tienes, estamos en paz.

–Trato hecho.

–Te tomo la palabra. Buena suerte. ¿Sabes? Rebecca también es como un coche. Temperamental y un poco complicada. Pero, si consigues hacerla ronronear, te aseguro que será la carrera de tu vida.

# Capítulo Seis

Aquella conversación en el almacén con su jefe dejó a Rebecca de mal humor para todo el día. Al principio, cuando lo pilló mirándola, incluso se había sentido halagada, pero lo había estropeado con lo que le había dicho.

Menos mal que hacía un día estupendo cuando salió de trabajar. Condujo hasta su casa rodeada de un precioso paisaje.

Al pasar por el rancho de Hazel, redujo la marcha para observar a Rey Salomón, un caballo de seis años musculoso y magnífico. Sus movimientos le hicieron pensar en John saliendo de un salto de su deportivo, rozándole la pierna…

Rebecca se dio cuenta de que se le había acelerado la respiración.

–Será mejor que me olvide del desastre con Rick Collins. Necesito otra cita –murmuró en voz alta.

Tenía una prioridad que debía hacer realidad y, para eso, necesitaba a un hombre. No tenía que ser necesariamente el hombre perfecto, bastaba con que fuera apropiado para el momento.

Rebecca, como si fuera una vieja, se pasó la noche leyendo y viendo una película de Bogart. Al poco de acostarse, sonó el teléfono.

–¿Sí? –acertó a decir mientras miraba la hora en el despertador. Eran más de las dos de la madrugada.

–Becky, despierta. Ha habido un accidente terrible –aquello hizo que se despertara como si le hubieran tirado un jarro de agua fría en la cara. Se incorporó y quedó sentada en la cama. Un accidente. Pensó en su padre, que se pasaba la mayor parte de la vida en la carretera. Pero no, no sería Lois la que le daría esa noticia. Entonces, se le ocurrió otra posibilidad que hizo que se le helara la sangre en las venas. Hazel–. ¿Sabes dónde puede estar el doctor Saville?

–¿No está en casa? ¿Qué ha pasado?

–Es espantoso. Un autobús lleno de gente se ha quedado sin frenos en la autopista, ha salido rodando por la ladera de Copper Mountain y ha caído por el terraplén.

–Copper Mountain –repitió Rebecca sintiendo un escalofrío por la espalda–. Dios mío, no son terraplenes sino barrancos.

–Hemos seguido lo que pasaba por la radio de la policía desde la radio de Merrill. Es un caos. Hay varios muertos y muchos heridos graves. El problema es que es imposible llegar hasta ellos. Están esperando a un equipo especial que viene de Fort Mackenzie –para entonces, Rebecca ya se había puesto unos vaqueros–. La policía ha bajado con cuerdas a dos médicos y a una enfermera del Lutheran Hospital. Han montado un hospital de campaña, pero necesitan urgentemente cirujanos para operar allí, hay gente que está muy grave. Hay que cortarles las hemorragias internas antes de que se los puedan llevar.

–Dios mío –dijo Rebecca. Lo que Lois le estaba contando era la situación más difícil a la que se podía enfrentar un médico: operar en el lugar de un accidente. Mystery Valley no estaba preparado para algo así.

–He llamado al doctor a su casa y al despacho, pero me salta el contestador en los dos. No lo entiendo. No suele salir entre semana y, además, hoy tenía varias operaciones. Tendría que estar en casa. Estará muerto.

–Sí, tenía quirófano –asintió Rebecca poniéndose un jersey–. Sé dónde podría estar. Un día, me lo encontré dormido en el sofá de la consulta y me dijo que se quedaba allí a veces a dormir cuando se quedaba trabajando hasta tarde en sus artículos de prensa. Me voy a pasar por allí.

–Tienes razón. Podría ser, porque el teléfono de la consulta tiene bajado el volumen, ¿te acuerdas?

–Claro –contestó Rebecca. El doctor Winthrop lo había puesto así porque no le gustaban los sobresaltos y no se podía cambiar. Yo voy a ir para allá. Tú sigue intentándolo. Si no está en la consulta, me voy yo sola al lugar del accidente. Tal vez, necesiten enfermeras.

–Me parece que sí. Suerte y ten cuidado.

Rebecca tardó menos de diez minutos en llegar a la clínica y se alegró inmensamente cuando vio el coche del doctor en el aparcamiento.

Abrió la puerta de cristal y encendió las luces. Mientras corría

hacia su consulta, iba oyendo el zumbido del teléfono.

Entró y lo vio en el sofá.

–¡Doctor Saville! ¡Doctor, despierte!

Antes de que le diera tiempo a reaccionar, Rebecca vio que estaba cansadísimo. Claro, después de los excesos del fin de semana, le había tocado operar.

A pesar de la gravedad del momento, no pudo evitar fijarse en que no llevaba camisa. Tenía un torso fuerte y musculoso y unos abdominales perfectos. Por un momento, deseó que se hubiera quitado también los pantalones.

–¿Qué? –preguntó sentándose a toda velocidad–. ¿Qué pasa?

Rebecca descolgó el teléfono y le dijo a Lois que el doctor estaba allí y luego informó a este de lo sucedido.

John se hizo cargo de la situación con su característica tranquilidad y eficacia.

–Prepara muchas gasas, esponjas y alcohol. No te olvides de las grapas y del hilo de coser. Me parece que te va a tocar coser esta noche, Becky.

Becky.

Le sorprendió que la llamara así.

–El problema es la anestesia. Solo tenemos local, no general.

–Tenemos varias botellas de cloroformo. Yo sé aplicarlo.

–Muy bien.

–Mi coche es muy rápido, pero no tengo gasolina –se lamentó John al salir al aparcamiento.

–Nos llevaremos el mío.

–¿A cuánto está el accidente?

–A veinte minutos por la 23.

–Si los heridos tienen suerte, se los habrán llevado en helicóptero para cuando hayamos llegado.

La suerte escaseaba en Copper Mountain. Cuando llegaron vieron varios coches con las luces encendidas alumbrando el barranco y les dijeron que el equipo de Fort Mackenzie no había llegado porque habían tenido un problema.

–Acabamos de bajar a dos médicos –les dio un agente de policía–. Ninguno es cirujano, así que supongo que se alegrarán de verlo.

–Esto es bastante grande –comentó John refiriéndose al aro de goma que le estaban colocando para bajarlo.

–Sí, está diseñado para aguantar hasta a tres personas.

–Entonces, bájenos a los dos a la vez –ordenó mirando a Rebecca–. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

Rebecca se dijo que era una situación de trabajo. Dejó que su jefe la rodeara con sus brazos por detrás mientras los colocaban en posición.

–Manténganse derechos –les indicó el agente mientras comenzaban el descenso–. Procuren no moverse. Tienen que tener el barranco todo el tiempo delante. Si pasa algo, den un grito.

Al principio, los nervios impidieron a Rebecca pensar en nada, pero luego se dio cuenta de lo cerca que estaban. Tan cerca que sentía todos y cada uno de sus músculos.

–Pan comido –le dijo al oído–. Llevo mucho tiempo haciendo escalada.

Aquello le hizo recordar que Hazel le había dicho que Louise Wallant y él se habían conocido precisamente en unas vacaciones haciendo escalada.

Sintió una punzada de celos y se reprendió a sí misma por elegir semejante momento para ponerse celosa por un hombre que la consideraba inferior.

A pesar de todo, no pudo evitar que su cuerpo reaccionara ante su proximidad. Con la mano con la que no estaba sujetando el maletín, el doctor no paraba de rozarle los pechos involuntariamente. Aquello la estaba volviendo loca, sobre todo porque, con las prisas, no se había puesto sujetador. A medida que iban bajando sus cuerpos se iban juntando más, hasta que llegó un momento en el que Rebecca tuvo la certeza de que John estaba excitado.

Al llegar al suelo, Rebecca se sintió fatal al ver el autobús sobre uno de sus costados empotrado contra los árboles que habían frenado la caída. Había policías y personal sanitario por todas partes. Lo único que se oían eran gemidos y la radio.

Dan Woodyard, un pediatra que conocía del Valley General, dejó un momento al herido que estaba atendiendo para ayudarlos a quitarse el arnés y contarles cómo estaban las cosas.

–Gracias a Dios que estáis aquí –los recibió–. Nos hemos ocupado de casi todas las fracturas, pero hay varias personas con hemorragias internas. Creo que hay una persona con el bazo reventado. Maldita sea. Yo solo opero amígdalas. Solo hemos podido administrarles coagulantes y algo para la conmoción.

Woodyard estaba muy alterado. Rebecca se dio cuenta de que la universidad no lo había preparado para algo así.

John le dio una palmada en la espalda en señal de ánimo.

–Lo has hecho estupendamente, Dan –le aseguró–. ¿Quién es el otro médico y cuál es su especialidad?

–Jim Routan. Es del Lutheran. Es médico de cabecera, está casi jubilado y no tiene apenas experiencia en quirófano. Está al otro lado del autobús, con los quemados y los que tienen lesiones de columna.

Mientras les iba contando eso, el doctor Woodyard, los acompañó junto a cuatro heridos que estaban en el suelo tapados con mantas.

–Los hemos sedado. La mujer mayor de la derecha es la que creo que tiene el bazo reventado.

Mientras Rebecca comprobaba las constantes vitales de los heridos, John fue examinando las heridas de todos para ver quién estaba más grave. Rebecca se dio cuenta de que la calma y la seguridad en sí mismo con las que John estaba actuando desde que llegó habían hecho que todo el mundo se calmara.

–No vamos a operar, solo vamos a intervenir para controlar las hemorragias –le recordó el doctor en voz baja–. Vamos a abrirlos, a coserles las arterias y a cerrarlos con grapas. Esto no es una sala de urgencias, sino más bien como un hospital de campaña. ¿Estás bien?

–Sí –contestó con firmeza.

–Quédate aquí y no te dejes impresionar. ¿Tienes el cloroformo?

Rebecca administró el anestésico al primer paciente sintiéndose como una enfermera de la Guerra de Secesión. Se concentró en contar los segundos exactos mientras observaba trabajar a John.

No estaba acostumbrada a las operaciones y, a la luz de las linternas, las escenas que estaba presenciando eran todavía más crudas, pero tenía que aguantar. Cuando John terminaba, con ejemplar maestría y precisión, de controlar la hemorragia de un paciente, ella lo cerraba con grapas y lo vendaba mientras él ya estaba poniéndole anestesia local al siguiente.

–¿Qué pasa con ese equipo de salvamento? –preguntó John cuando estaba terminando con el último paciente–. ¿Cuánto piensan tardar en llegar?

–Voy a ver –contestó el agente–. La última vez que hablé con ellos no podían localizar al piloto del helicóptero –dijo–. Están sobrevolando Disappearing Lake, doctor. Todavía tardarán unos veinticinco minutos en llegar. Fort Mackenzie está casi en la frontera canadiense –lo informó tras hablar por radio.

–¿Crees que aguantará? –preguntó Dan Woodyard refiriéndose a la mujer que podía tener el bazo reventado.

–Tiene el pulso muy débil y respira con dificultad –informó Rebecca–. Ritmo cardíaco de 80 a 90.

–Dios mío –murmuró Dan–. Apenas bombea sangre.

–Tal vez tuviera ya antes problemas de corazón –apuntó John–. Podríamos perderla en cualquier momento. Arriba hay ambulancias. ¿Cuánto tardarían en llegar al Lutheran?

–Menos de diez minutos –contestó Dan–. La sala de urgencias está lista. Incluso les he dicho por radio los grupos sanguíneos.

–Entonces, vamos. El equipo de rescate tardará media hora en sacarla de aquí y llevarla a un quirófano. Si la sacamos de aquí ahora, tal vez podamos conseguir que llegue al hospital en la mitad de tiempo.

–Subir es difícil –dijo Dan dubitativo.

–Ya lo sé y sé que podría matarla, pero tú también crees que no aguantará otra media hora, ¿verdad?

–Sí –afirmó Dan–. No he visto morir a mucha gente, pero esta mujer parece al borde de la muerte. Apenas tiene pulso.

–¿Tú qué dices, Becky? –preguntó John mirándola–. ¿La movemos o esperamos?

La sorprendió que le consultara.

–Si ambos creéis que podría morir de cualquier manera, creo que merece la pena intentarlo. Teniendo en cuenta sus constantes vitales, yo voto por subirla.

–Esa es mi chica –exclamó John–. Sin rodeos.

Mientras la policía informaba a los de arriba, Rebecca y Dan ayudaron a John a ponerse en arnés. Entre los tres levantaron a la mujer, que estaba inconsciente, y John la acomodó en una camilla de bomberos.

–Vosotros dos subiréis detrás. Id atentos por si se me cae.

Dieron la señal y comenzaron a subir. Aunque los hombres de arriba eran los que tiraban, John tenía que hacer mucha fuerza para sujetar a la herida.

Consiguieron subir y meter a la mujer en una ambulancia en tiempo récord gracias a la estupenda forma física de John y luego volvieron a bajar para seguir ayudando. Para cuando llegó el equipo de rescate, la mujer ya estaba siendo intervenida.

–Está en estado crítico, pero estable –dijo Dan encantado tras hablar con el hospital por el teléfono móvil–. Parece que la subida ha merecido la pena, John. Se va a salvar.

–No sé si yo tendré tanta suerte –dijo John agotado mientras iba hacia el coche con Rebecca.

Eran las seis de la mañana. Rebecca estaba cansadísima y sabía

que él tenía que estar todavía peor.

También sentía una nueva admiración por aquel hombre, que ella había tachado de frío y engreído. A pesar de que estaba medio muerto de cansancio, había conseguido salir bien parado de una situación muy difícil. Gracias a él, todos habían estado tranquilos, les había contagiado su calma.

–Tienes que dormir un poco. ¿Por qué no te llevo a casa? Lois puede llamar a los pacientes de la mañana y anularles las citas. Luego iremos a buscarte.

–No, no estoy tan cansado –contestó mientras Rebecca enfilaba hacia Mystery–. Además, creo que la última cita la tengo después de comer. Es mejor que aguante hasta entonces y, esta tarde, ya dormiré. Si mi enfermera está de acuerdo, claro.

Rebecca sonrió.

–Yo tampoco estoy tan cansada. Solo necesito una buena ducha.

John sonrió también agradecido.

–Somos dos adictos al trabajo. Déjame en mi coche. Voy a ver si encuentro algún sitio para tomarme un café y desayunar.

–No hay nada abierto a estas horas. Estamos en Mystery, ¿recuerdas? Podemos ir a desayunar a mi casa y luego te dejo en tu coche para que vayas a casa a ducharte y a cambiarte.

–¿Desayuno y varios litros de café?

–Café de vaqueros –le prometió–. Tan fuerte que tumba a un caballo.

–Es lo mejor que he oído en toda la noche –le aseguró.

Rebecca miró hacia el horizonte, donde comenzaba a amanecer sobre Mystery Valley. Hacía veinticuatro horas, estaba intercambiando insultos con John Saville y, de pronto, se encontraba yendo a desayunar con él a su casa.

Impresionante lo que podía cambiar una noche.

# Capítulo Siete

Cuando llegaron a casa de Rebecca, la mañana estaba fresca. Hizo una gran cafetera y se fue a duchar y a cambiar de ropa. Se puso un vestido azul de punto y se dispuso a hacer un par de tortillas.

Aunque no tenía ropa limpia que ponerse, John aceptó darse una ducha. Cuando salió con el pelo mojado hacia atrás le estaba esperando un bien merecido desayuno.

–Perdón por la barba –se disculpó.

–Me gusta. Pareces un macizo de esos de los culebrones.

–No pienso firmar autógrafos hasta después de desayunar.

Ambos rieron.

–Debes de tener claustrofobia –comentó Rebecca observando lo pequeño que era su apartamento–. Estuve en tu casa antes de que la compraras y este apartamento entero es como tu despensa.

–Sí, pero no es nada acogedora. Sin embargo, tu casa es todo lo contrario.

Rebecca se dio cuenta de que no se lo decía por educación. Estaba siendo sincero.

–Bonita pareja –comentó John mirando una fotografía que había sobre el televisor–. Supongo que son tus padres.

–Sí. Mi madre murió de un tumor cerebral cuando yo estaba en el colegio.

–Lo siento. Era muy joven. Debió de ser duro.

–No sé qué habría hecho sin Hazel. Mi padre se pasa la mayor parte del tiempo en la carretera. Hazel me medio adoptó cuando ella murió.

–Por eso se preocupa tanto por ti –dijo él entendiéndolo todo.

–¿A qué te refieres?

–Has dicho que tu padre viaja mucho, ¿no? ¿A qué se dedica? –dijo cambiando de tema al darse cuenta de que había metido la pata.

–Es comercial. Se dedica a vender e instalar sistemas de seguridad, sobre todo a grandes empresas. Tiene que cubrir tres

estados.

No le dijo que muchas veces había estado en paro ni que sus problemas con la bebida o su gusto por las mujeres había dado mucho de qué hablar en Mystery Valley.

–¿Y tu padre? ¿Qué hizo cuando se retiró del ejército?

–No mucho –contestó evasivo. Rebecca se dio cuenta de que le gustaba saber cosas sobre la vida de los demás, pero que no quería revelar nada sobre la suya–. Esta tortilla está riquísima.

–Gracias –contestó Rebecca respetando su deseo de no hablar sobre sí mismo.

Rebecca recogió los platos, los enjuagó y los metió en el lavaplatos. Sentía su intensa mirada azul mientras lo hacía.

–Será mejor que te vayas al salón a tomar el café porque ese taburete no es muy cómodo –comentó para romper el silencio. Se dio cuenta de que el sofá todavía estaba puesto como cama–. Bueno, tal vez, tendría que recogerlo primero…

–No te preocupes. Una cama revuelta es lo mejor que me puede venir después del lío de Copper Mountain. Me parece que estoy más cansado de lo que creía. El fin de semana no he dormido mucho, la verdad.

Se calló como si hubiera vuelto a meter la pata y Rebecca volvió a sentir una punzada de celos.

Se repitió que no era asunto suyo. Eran compañeros de trabajo y aquel acercamiento iba a servir para hacer más llevadera su relación profesional, pero nada más. No era asunto suyo si pasaba los fines de semana con Louise Wallant. Además, no estaba por la labor de arriesgarse a que fuera un Brian Gage. No. Era un riesgo que no pensaba correr.

John estaba medio tumbado sobre el colchón. Desde la metedura de pata acerca del fin de semana, se había quedado un poco en silencio. ¿Qué pensaría ella si supiera su sórdido pasado? Si se enterara de dónde iba o de lo que hacía, tendría que explicarle sus orígenes. Tendría que contarle lo de la caravana junto al basurero, las palizas y el minúsculo santuario donde había encontrado paz y donde iba algunos fines de semana para intentar recompensar a aquellos que lo habían ayudado a respetarse a sí mismo.

Si se quedaba callado, no tendría que contestar a ninguna pregunta.

Estaba cansadísimo, sentía todos los músculos débiles. Rebecca seguía en la minúscula cocina, haciendo cosas, para no acercarse a

él.

No se le había ocurrido nada mejor que cambiar varios rollos de papel. ¿Es que aquello no podía esperar?

Lo estaba evitando. John sonrió irónico. Se preguntó si sería porque se había dado cuenta de que se moría por besarla. No podía dejar de imaginarse cómo sería acariciar aquella piel color marfil, su cuerpo desnudo, con las piernas enroscadas tras su espalda y oírla gemir y gemir…

Decidió que era mejor controlarse y tener paz. Se llevaban mal, pero, gracias al accidente, habían conseguido una tregua.

«Porque se haya portado bien conmigo, no quiere decir que sienta lo mismo que yo», se dijo.

Además, eran muy diferentes. Ella era tranquila, divertida, siempre estaba bromeando, sonriendo.

«Yo le debo parecer poco interesante», se dijo.

No se había dado cuenta hasta aquel momento de lo cansado que estaba. Le costaba mantener la mente clara. Le costaba discernir lo que era ficción de lo que era realidad. Rebecca estaba allí, con él, se la imaginaba con el pelo al viento.

John dejó la taza de café sobre la mesita. Tenía la cabeza hecha un lío…

–Si te llevo por tu coche, te da tiempo de ir a casa a cambiarte y llegar para la cita de las nueve –sugirió Rebecca. Se giró esperando su respuesta, pero vio que se había quedado dormido en el sofá–. ¿John? –le sonaba raro llamarlo por su nombre, pero ya no había lugar para formalidades–. ¿John? –dijo un poco más alto sin resultado–. Vaya, vaya, así que roncas –dijo acercándose para despertarlo.

Cuando estaba a punto de tocarle el hombro, se paró. Le daba pena. Parecía estar plácidamente dormido.

Estudió su cara, aquella nariz recta, griega, los pómulos marcados, la frente ancha y fuerte y la boca, firme y expresiva.

Sí, desde luego, era un buen ejemplar. Nunca le había importado demasiado el físico en un hombre.

«Entonces, ¿por qué estás a punto de enamorarte de él?», se preguntó.

Su personalidad era todo un enigma para todo Mystery. Aunque había que reconocer que, bajo la primera capa de frialdad, había visto que había un hombre más amable, relajado y simpático.

Recordó el descenso en Copper Mountain. Volvió a sentir su

erección, la prueba de su deseo. Solo físico, claro, sexual. A esas alturas, Rebecca ya sabía que a los hombres no les resultaba nada difícil excitarse en una situación así.

No pudo evitar preguntarse qué tal amante sería. Al imaginárselo, se le aceleró el pulso.

Ella tampoco podía más de sueño. Decidió dejarle a Lois un mensaje en el contestador. Le dijo que ambos habían tenido una noche muy larga y que cancelara las citas. Se cuidó mucho de no decir que estaban juntos.

Despacio, para no despertarlo, le quitó los zapatos y le puso una almohada bajo la cabeza.

Se preguntó dónde debería dormir. ¿En la silla o en el suelo? Decidió que, como ambos estaban vestidos, dormirían en la misma cama.

Se descalzó y se tumbó a su lado.

A pesar de que estaba muy cansada, le costó quedarse dormida. La respiración de John, su cercanía, no la dejaban descansar. Se quedó un rato aspirando su aroma. Al final, el sueño se la llevó.

Y, por supuesto, soñó con él.

A pesar de que Rebecca se había esmerado por no ponerse demasiado cerca de él, cuando, horas después, John abrió los ojos se la encontró a pocos centímetros. Estaba tan bonita como salida de un cuadro.

Miró el reloj y vio que eran más de las doce, pero, aunque debería haber saltado de la cama para cumplir con sus compromisos profesionales, no podía separarse de aquella belleza.

Su cabellera color castaño cubría la almohada.

John tomó aire y aspiró su aroma femenino. Rebecca tenía la boca un poco abierta y él posó sus labios sobre ella y le robó un beso.

No se podía imaginar que ella le iba a devolver el beso o la descarga eléctrica que sintió cuando ella se arrimó contra él.

El beso se hizo cada vez más apasionado y ambos gimieron mientras se acariciaban.

–¿Estás despierta o me estoy aprovechando de una mujer dormida?

–No estoy dormida –murmuró ella en un tono que revelaba que quería que siguiera.

–La consulta –dijo John antes de volver a besarla.

–Llamé a Lois –contestó Rebecca.

Volvió a gemir cuando él le desabrochó el vestido y fue besando la piel que quedaba al descubierto. Le acarició la cadera, y le desabrochó el sujetador. Rebecca sintió un gran placer cuando John le chupó ambos pezones haciendo que cayera en un estupendo estado de éxtasis.

Lo deseaba tanto como él a ella. El control que normalmente tenía se había derretido como el líquido que sentía entre las piernas. Lo único que había era instinto y deseo.

Le desabrochó la camisa y se la quitó, acariciándole el torso. John gimió cuando sus pechos desnudos entraron en contacto.

Le metió una mano por las braguitas para sentir su calor húmedo.

Gimió como si le doliera la erección.

–Hace demasiado tiempo –murmuró mientras le quitaba las braguitas y se colocaba entre sus muslos.

Rebecca se estremeció y gimió cuando sus dedos apartaron los labios vaginales como si fueran pétalos. Aquello le produjo un infinito placer que le hizo desear más.

–Quiero sentirte dentro –le suplicó, bajándole los pantalones.

–Yo, también quiero estar dentro de ti, pero tenemos que ser responsables. Yo no tengo preservativos, ¿y tú?

–Pues, aunque no lo creas, nunca me he preocupado de eso porque nunca lo he hecho…

John la miró incrédulo.

–A mí me parece de lo más seguro –susurró acercándolo a ella–. Así de responsable es la enfermera Becky en estos momentos, doctor.

Él cerró los ojos como si estuviera dudando. Al final, se volvió a colocar entre sus muslos.

–No te pongas nerviosa. Te va a gustar, ya lo verás.

Rebecca se moría de deseo, pero también sentía un poco de temor a lo desconocido. Sin embargo, John tenía razón. Al principio, al romper la resistencia, había sido un poco incómodo, pero luego él fue de lo más delicado. Lo único que sentía ya era placer y le pidió más.

Las caderas de John se movieron más deprisa y con más fuerza. Rebecca sentía oleadas de placer, cada vez más intensas.

Cuando estaba segura de que la intensidad iba a hacer que se desmayara, sintió que él había explotado en su interior al mismo tiempo que ella.

Exhaustos, se volvieron a quedar dormidos.

## Capítulo Ocho

John consiguió ver la hora. Las tres y cuarto de la tarde.

–Llevamos horas durmiendo –se maravilló.

Rebecca, que estaba tumbada a su lado, se tapó rápidamente al verse desnuda. Sin embargo, no hizo ningún amago de vestirse porque no quería que aquel momento se acabara.

Le pesaba el corazón. Sabía que se había acostado con John Saville por algo más que por quitarse de encima la virginidad. Por algo más, sí, pero no tenía derechos sobre él. Lo que habían hecho estaba mal si no había compromiso y entre ellos no lo había. Habían aprovechado el momento y él se iría y ella tendría que hacer como que aquella inmensa alegría nunca había existido.

–Tal vez no debería preguntártelo –le dijo al oído–, pero, ¿ha merecido la pena esperar para hacerlo la primera vez?

–Ehhh –contestó sonriendo–. La verdad es que no tengo con qué compararlo, doctor.

–¿Así de mal ha ido?

–La verdad es que… no tengo ninguna queja –dijo forzada y distante, pero le daba miedo decir la verdad–. Solo un poco de sangre. Es lo más normal

–Como dijo mi enfermera «No tengo con qué compararlo».

–Así que ha sido la primera vez para los dos –dijo sonriendo.

John la besó y Rebecca volvió a sentir el deseo. Pensó que lo suyo solo había sido producto de la casualidad y decidió que debía mostrarse cautelosa, no debía dejar que aquello la hundiera. En el trabajo, se mostraría distante para no agobiarlo.

«No estamos enamorados. Ni siquiera hemos salido juntos», se dijo. Debía mantener la calma para no salir mal parada de todo aquello y poder continuar en su puesto de trabajo.

–La lucecita del contestador no para de parpardear –dijo con un suspiro de resignación. Rebecca no quería volver al mundo real, pero no había más remedio–. Tal vez, deberías oír los mensajes. Puede que me estén buscando.

Sintió ganas de preguntarle si le importaría que supieran que

estaba durmiendo en su casa, pero no tuvo valor. El recuerdo de Brian la asaltó. Decidió hacer del incidente algo casual, como si no esperara nada de lo sucedido.

Eso quería decir que no debía volver a hacer el amor con él porque eso la llevaría indiscutiblemente a confesarle su amor y a que él la rechazara. Era lo último que quería. Su corazón ya había sufrido bastante.

Se levantó de la cama estoicamente y se apresuró a vestirse.

John se quedó tumbado mirándola y se dio cuenta de que algo había cambiado.

Se levantó y se puso los pantalones mientras ella iba a escuchar los mensajes del contestador.

–Me parece que debería ir por mi coche –indicó John cuando terminó de vestirse.

Rebecca se preguntó si estaría loco por irse. Supuso que sí. A ella le acababa de cambiar la vida y él estaba dispuesto a retomar la suya como si tal cosa.

Se forzó a mantener la compostura y fue por las llaves del coche. Aunque por fuera estaba bien, por dentro estaba completamente angustiada.

Le había dado su virginidad y para él no había sido más que un lío de una noche.

Por mucho que ella se enamorara de él, John no querría una enfermera con un apartamento minúsculo y sin status social. Debía aceptarlo, como había aceptado el rechazo de Brian.

–Te llevaré a la consulta –le dijo como si tal cosa.

John la miró.

Cuando se besaron por última vez antes de salir, a Rebecca le pareció que él se mostraba un poco reticente.

Y, la verdad, es que era lo mejor. Debían hacer como que no había pasado nada. Él quedaría con Louise Wallant el fin de semana y ella seguiría siendo una chica soltera.

Nada había cambiado.

No obstante, en su corazón, Rebecca sentía que todo había cambiado.

Rebecca condujo en silencio hasta la clínica con la impresión de que no había sido más que un escarceo en el expediente del doctor.

–Lo sigue aquí –comentó al llegar–. Está su coche.

–Menos mal que alguno de nosotros tiene sentido del deber –bromeó John. Rebecca no pudo ni forzar una sonrisa. Paró el coche

y se quedó esperando a que él saliera, pero agonizante ante el inminente momento.

John levantó los brazos como si la fuera a abrazar, pero, cambió de opinión y se limitó a rozarle la mejilla con los labios.

–¿Nos vemos mañana en el trabajo? –le preguntó con una ligereza que la crucificó.

Rebecca asintió. Sentía las lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Sin embargo, cuando abandonó el aparcamiento consiguió no sentir lástima de sí misma.

Se había preguntado muchas veces cómo sería cuando lo hiciera por fin. No tenía muy claro qué pasaría. Sabía que no sería algo tan anticuado como una propuesta de amor eterno, pero tampoco se esperaba tanto desapego, como si le hubieran hecho los agujeros de las orejas.

–Estás boba –dijo mirándose en el retrovisor–. Te has dejado llevar.

El error más grave que había cometido había sido creer que la experiencia con Brian la había inmunizado al dolor. Pero era todo lo contrario. Las viejas heridas se habían vuelto a abrir más sangrantes que nunca.

También se había equivocado al pensar que lo tenía todo bajo control. ¿A qué clase de estúpido juego había estado jugando? ¿Quería ver hasta dónde podía llegar sin quemarse? Pues se había metido de lleno en las llamas.

Una lágrima le resbaló por la mejilla, pero se la secó rápidamente.

–Si se cree que le voy a hacer sentirse culpable, se equivoca. Puedo controlar esto.

No estaba dispuesta a esperar nada de un hombre más que lo que él le quisiera dar. No le había rogado a Brian que volvieran y tampoco lo iba a hacer con John Saville. Parecía ser que los médicos guapos y jóvenes debían mantener a las chicas pueblerinas alejadas para que no les impidieran alcanzar altos vuelos.

Muy bien, pues si de ella dependía, no pasaba nada, no pensaba ponerse en su camino.

No quería volver a su casa, no quería oler su reciente presencia. Decidió irse a la biblioteca. Le había servido en el pasado para no pensar en nada y eso era precisamente lo que necesitaba en aquellos momentos.

# Capítulo Nueve

Rebecca no consiguió concentrarse en los titulares de prensa en la biblioteca, así que volvió a casa.

Al entrar, escuchó los mensajes del contestador.

«Hola, Becky. Soy Bonnie Lofton, de la Gaceta de Mystery. Enhorabuena por el maravilloso trabajo que llevaste a cabo en el accidente. Creemos que es una historia muy buena y nos gustaría haceros unas fotos a ti y al doctor Saville para la portada. Tendría que ser hoy sin falta para poderlas publicar mañana. Llámame en cuanto puedas al 555 83 47».

Conocía a Bonnie Lofton y le caía muy bien, pero ni por asomo iba a posar junto a John Saville. Prefería que le arrancaran todas las muelas a tener que verlo.

En ese momento, sonó el teléfono, pero no respondió, dejó que saltara el contestador.

«Hola, Becky. Soy Bonnie otra vez. He conseguido hablar con el doctor Saville y me ha dicho que le va bien esta tarde en su clínica. No es que le haya hecho mucha gracia, pero ha accedido. Perdón por meteros prisa, pero necesito esa foto cuanto antes. Se trata de una noticia muy importante. Llámame cuanto antes. Gracias».

No podía dejar a Bonnie tirada. ¿Así que al doctor no le había hecho mucha gracia? Claro, él ya había conseguido lo que quería. Sexo fácil y sin obligaciones. Seguramente habría accedido a lo de la foto por la publicidad que obtendría.

Llamó a Bonnie y quedó con ella a las seis de la tarde. Vio en las noticias que el accidente de Copper Mountain estaba dando mucho de qué hablar. Vio a la víctima que John había subido. Estaba pálida y débil, pero estaba bien. Se trataba de Carol Brining, una profesora jubilada de Michigan.

–Estoy viva porque allí hubo gente que se portó de manera heroica –decía a la cámara desde el hospital.

Rebecca apagó el televisor y se fue a vestir para la fotografía. Era lo que faltaba para que ya todo el mundo acabara de adorar al doctor Saville.

–Lo que Bonnie quiere es una fotografía representativa de ustedes haciendo algo juntos –explicó el fotógrafo del periódico–. Doctor y enfermera, ya saben, alguna tarea que normalmente realicen juntos.

Estaban los tres en la sala de espera, que estaba vacía, y el único que estaba tranquilo y relajado era el fotógrafo. La tensión de los otros dos no tenían nada que ver con las fotografías.

–Normalmente, solemos ver las radiografías juntos –sugirió John al tiempo que Becky se sonrojaba ante las inocentes palabras de O'Neil. «Haciendo algo juntos».

–Fenomenal. Podemos poner una radiografía y ustedes la miran, cada uno desde un lado –dijo el fotógrafo.

John llevaba sin mirarla desde que había llegado… o eso le parecía a ella. De repente, lo pilló observándola. Durante un segundo, sus ojos se encontraron, pero John desvió la mirada rápidamente.

Mientras hacían las fotografías, Rebecca se iba arrepintiendo de haberse prestado a aquello. Tenía a John tan cerca que podía oler el aroma de colonia. Menos mal que tenía que mirar a la radiografía porque, si no, no hubiera podido apartar la mirada de él.

–Voy a hacer unas cuantas fotografías más por ahí. A Bonnie le gusta tener varias –dijo O'Neil.

–Supongo que nunca se te habría ocurrido que nos volveríamos a ver así –susurró John.

–Ni a ti, tampoco –replicó ella–. Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me hace gracia estar aquí.

«Así que no tengo nada que hacer», pensó John. «Me echó de su casa y ahora se está asegurando de que tengo claro que no quiere que se repita».

–Sé valiente –la animó–. Pronto habrá terminado todo.

Rebecca lo miró a los ojos y vio desprecio. Se le encogió el alma.

–Perfecto –dijo O'Neil.

Rebecca ni siquiera lo oía. Solo quería largarse, irse al coche antes de que las lágrimas la invadieran de nuevo.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de su automóvil, oyó su voz.

–¡Becky! –dijo John.

Ella se giró y lo esperó. John tenía que cerrar la clínica. Apenas lo distinguía en la oscuridad. No quería volver a sufrir un rechazo como el de Brian. No podría soportarlo otra vez. Había sido imbécil

por entregarse a John Saville con la certidumbre de que la rechazaría, pero podría asumirlo. No era cierto.

Ella no estaba a su altura, ni profesional ni socialmente hablando. John era un joven médico con futuro, que elegiría una mujer que le fuera bien para su estilo de vida. Seguro que no quería una relación con una vulgar enfermera. Nunca la elegiría a ella. Lo vio tan claro de repente, que se sintió de lo más estúpida.

–¿Dime? –dijo tan serena como pudo.

–Esta mañana… lo que pasó entre nosotros… bueno, somos humanos, ¿no? Supongo que estas cosas se nos pueden ir de las manos y…

–No te preocupes. Me gustó mucho –contestó fríamente–. Siento mucho si a ti no. No tengo la experiencia de otras mujeres que conocerás.

–¿Estás de broma? En realidad…

No continuó. Se quedó allí, de pie, mirándola.

–Bien. Me alegro mucho de que te quedaras satisfecho –contestó Rebecca metiéndose en el coche y alejándose.

No miró atrás. Sentía el corazón que le retumbaba contra las costillas. Lo que le acababa de decir se lo había dicho de verdad. No se arrepentía de haber hecho el amor con él sino de lo que iba a continuación.

De repente, recordó las horribles palabras de Brian cuando la dejó para irse a Nueva York. «No sirvo para la vida provinciana. A ti te gusta vivir aquí entre vacas y patanes porque has nacido aquí, pero yo quiero algo más de la vida».

Seguro que John, aunque hubiera elegido instalarse en Mystery, era tan arrogante y trepa como Brian.

«Vete al infierno, John Saville», dijo en voz alta, sonriendo. A pesar del tono desafiante, el dolor la estaba matando por dentro.

# Capítulo Diez

–Chicas, no lo comprendo –dijo Lucinda Shoemaker el miércoles por la mañana–. El doctor Saville no paraba de mirarme. ¿Debería cambiarme de color de sombra?

Lois tuvo que contenerse y lo normal habría sido que a Rebecca también le hubiera hecho gracia la situación porque aquella mujer había sido durante años el hazmerreír del pueblo por pintarse como un coche.

Pero Rebecca no estaba de humor. Aquella mañana había visto su foto con John en portada de la Gaceta de Mystery y solo había contribuido a deprimirla más. Se arrepintió de habérsela hecho. Daban la imagen de ser un buen equipo. Lo eran, la verdad, pero solo profesionalmente hablando.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Lois cuando se fue la paciente.

–Estoy todavía un poco descentrada desde el accidente del lunes. La falta de sueño y todo eso, ya sabes.

Lois era una buena amiga y Rebecca le había contado muchas veces sus problemas, pero no le apetecía hacerlo en esa ocasión. John Saville había vuelto a ser el frío y distante médico de antes. Era como haber cruzado un túnel del tiempo.

Aquella vuelta a los orígenes le hacía todavía más incómodo el recordar que se había acostado con él.

Había sido el día anterior, pero le costaba creerlo, no le parecía real. Tal vez, solo había sido un sueño.

–Vaya, qué curioso. El doctor también está como tú –comentó Lois.

–No me he dado cuenta.

–No ha abierto la boca desde que llegó y está atrincherado en su consulta.

–¿Está bien esto? –preguntó mostrando falso interés por la ficha que tenía en pantalla.

Si no estaba tan triste que se quería poner a llorar, la furia la invadía y le entraban ganas de entrar en la consulta de John y abofetearlo.

Había aprendido una buena lección sobre los hombres: ardientes mientras hacen el amor y fríos después.

–Consulta del doctor Saville –dijo Lois contestando al teléfono–. No, este es el número de la consulta. Le paso con su línea privada.

Rebecca no prestó atención porque estaba reuniendo los resultados de unas pruebas que le había pedido John. Se levantó y se fue hacia su consulta. Por suerte, no tuvo que verlo porque había una carpeta colgada y los puso allí. Al girarse, oyó su conversación.

–Sí, este fin de semana sí que puedo, pero no me llames a la consulta. Llámame a casa. Tienes el número, ¿no?

Rebecca sintió una puñalada. Estaba hablando con la persona que Lois le acababa de pasar. Seguro que era Louise Wallant. Sin embargo, se dijo que ya sabía que pasaba algunos fines de semana con ella antes de hacer lo que había hecho, así que no podía culparlo.

–Me preguntó quién sería –comentó Lois–. No era para pedir hora.

–¿Y a quién le importa? –le espetó Rebecca.

Sorprendida, Lois miró a su amiga.

–Es evidente que a una de nosotras le importa mucho –contestó.

Ese mismo día por la tarde, Hazel fue a visitar a sus vacas, algo que solía hacer con sumo placer. Mientras hablaba con ellas, se le ocurrió cómo hacer que Rebecca y John terminaran juntos.

Aquellos jóvenes testarudos estaban hechos el uno para el otro, pero ellos todavía no lo sabían. Ella sí, estaba convencida.

Miró el reloj y pensó que John Saville ya habría vuelto de la consulta. Decidió llamarlo por teléfono para ver si le daba una vuelta en su coche. Aquel hombre necesitaba otra lección en cómo atraer a las mujeres y ella estaba más que dispuesta a dársela.

Además, tenía que preguntarle si era cierta una cosa que le habían contado aquel mismo día.

–¿Qué tal, Hazel? –preguntó John abriéndole la puerta del copiloto.

–Estupendamente –contestó acomodándose en el asiento de cuero–. Te agradezco que hayas accedido a darme una vuelta en tu maravilloso coche. Le tenía puesto el ojo desde la primera vez que lo vi.

–Si quieres, puedes conducirlo tú.

–No, prefiero admirar el paisaje –contestó agradecida–. ¿Tienes muchas cosas en la cabeza? –preguntó como si tal cosa, mientras pasaban por su rancho y saludaba a unos cuantos trabajadores que habían salido a ver el flamante automóvil.

–Profesionalmente hablando, no. Pero, sobre mi vida personal, sí.

–No me gusta ese tono, doctor. Cualquiera diría que está usted enfermo.

–¡Eh! ¿Quién es aquí el médico?

–Bueno, tú eres el doctor en medicina, pero solo tienes treinta años y yo tengo… bueno, unos cuantos más, así que yo soy la doctora en filosofía.

John sonrió.

Hazel sabía, por supuesto, que el joven médico estaba pensando en Rebecca. Sin embargo, también sabía que a los hombres no les gustaba hablar de esos temas, así que decidió dar un rodeo.

–Hoy me he enterado de algo muy interesante –dijo–. Resulta que me han escrito del Fondo de Becas para indios del Estado de Montana para agradecerme mi donativo anual y he visto que un tal Doctor John Saville está en la dirección.

–Sí, llevo cinco años con ellos.

–Eso es estupendo. Los indios de Montana han prosperado más que cualquier pueblo indígena. Los McCallum se casaron con cheyenes. De hecho, yo tengo sangre indias en mis venas. Por eso soy tan guapa. ¿Tú también tienes sangre india?

–No, pero como si la tuviera, porque conozco a los piesnegros de Bitterroot Valley desde que soy pequeño. Mi padre pasó los últimos años de su vida junto a su reserva. Yo viví allí desde los diez años hasta que me fui a la universidad. La mayor parte de mis amigos del colegio eran de la reserva.

Hazel vio que se entristecía al hablar de aquellos días. No era por sus amigos. Hablaba de ellos con orgullo, pero nunca decía nada de su padre.

–¿Becky sabe algo de tu pasado?

–Sabe que mi padre era militar.

–¿Solo le has contado eso?

–Si le contara más cosas, saldría corriendo. Tiene una alta consideración de sí misma y no se corta un pelo a la hora de mantener las distancias conmigo.

Hazel se maravilló.

–Vaya, vaya, qué dos.

–No tiene que preocuparse por mí. No tengo ningún problema

en dejarla en paz con su libertad –comentó enfadado.

–Tal vez ese sea tu error –apuntó Hazel.

–Hay chicas guapas a patadas –continuó sin oír su comentario–. No debería comportarse como si fuera la más guapa del lugar. Claro, seguro que los hombres normales como yo le parecen de lo más aburridos…

–John –lo interrumpió Hazel.

–¿Sí?

–Para un momento y escúchame.

–Sí, me parece que me he dejado llevar un poco.

Hazel se dio cuenta de que se habían acostado y decidió que eso servía a sus propósitos.

–Para empezar, no entiendes a Becky. Y ella tampoco te entiende a ti. Segundo: tú eres el hombre y será mejor que comiences a dejarlo claro. No es momento para estar a la defensiva. En el terreno amoroso, no sirve de nada esconderse.

–No es tan fácil Hazel. Rebecca…

–Es muy complicada, lo sé. Cuando se está en tablas, hay que mover, caballero.

–No sé. Tal vez no me atrevo.

–¿Me vas a decir que el hombre que subió a aquella mujer en Copper Mountain es un cobarde?

–Aquello fue diferente.

–No, simplemente quedó claro cómo reaccionas en situaciones límite.

Estaba anocheciendo y el cielo se había teñido de naranja.

–Hazel –dijo John tras reflexionar unos minutos–, eres doctora en filosofía. Pensaré en lo que me has dicho. Estoy de acuerdo contigo. Pero, es que las cosas son más fáciles en teoría que en la práctica.

–Lo sé –dijo Hazel asintiendo–. Debes hacerte solo una pregunta: ¿merece la pena? Cuando tengas clara la respuesta, podrás continuar.

John se quedó en silencio. Entraron en Lazy M.

–Gracias por el paseo –dijo Hazel mientras él le abría la puerta–. Ten paciencia con Becky–. Tiene el genio irlandés, así que no te tomes demasiado en serio sus comentarios desagradables –le dijo dándole un beso en la mejilla–. Tranquilo, sé tan simpático con ella como eres conmigo. Ábrete un poco, que vea que no eres como ella cree que eres.

–Lo intentaré –prometió–, pero no tengo muchas esperanzas.

–Siempre hay otras potras en el prado. Debes decidir si Becky

merece la pena. Cuando tengas la respuesta, el resto será fácil.

John asintió. Hazel vio decisión en sus ojos.

# Capítulo Once

Rebecca se pasó la mayor parte de la noche del miércoles recordando el fragmento de conversación que había oído a John sobre el fin de semana. Para colmo, sabía que Louise Wallant había inaugurado otro hotel rural el mismo fin de semana porque se había encontrado con su madre y se lo había dicho.

El pensar que había hecho el amor con ella después de pasar el fin de semana con Louise la dejó sumida en un sentimiento de ultraje mezclado con desolación.

Consiguió dormirse pasada la medianoche, pero tuvo una pesadilla en la que veía a John y a ella misma en la consulta mientras O'Neil les hacía las fotos. La parte espantosa llegaba cuando, al mirar la radiografía, veía a John con Louise, uno en brazos del otro, desnudos.

El jueves por la mañana fue a trabajar con aquella imagen todavía dándole vueltas en la cabeza. Estaba de mal humor, dispuesta a discutir con su jefe, pero John estaba sorprendentemente simpático y respetuoso. No se fue directo a su consulta a leer la prensa hasta la llegada del primer paciente, sino que se quedó charlando con ellas, elogió la idea de Becky de poner flores frescas todas las mañanas en el vestíbulo.

–Son preciosas, aunque no será por falta de belleza en esta consulta –comentó antes de irse a su despacho. Rebecca se puso roja como un tomate.

–Bueno, bueno –dijo Lois sorprendida–. ¿Qué está pasando aquí?

–Pregúntaselo a él –contestó Rebecca intentando fingir que estaba concentrada en el ordenador.

–No necesito preguntárselo. Sé perfectamente cómo son los hombres. Recuerda que vivo con cuatro. A este hombre o le ha tocado la lotería o está enamorado.

–¿Cómo puedes decir eso si solo ha sido un cumplido?

–No, no ha sido solo eso. Tenías que haber visto cómo te ha

mirado. Sus ojos lo decían todo.

–Eres una romántica empedernida.

–Ya. El martes faltasteis los dos. ¿Estabais juntos?

–No me hagas preguntas y no te mentiré.

–Creo que ya me has contestado –sonrió Lois.

A las 13.30, Lois se fue al dentista y Rebecca se quedó preparando unos paquetes para el laboratorio. Estaba sentada en su mesa cuando apareció John.

–¿Ha llegado ya el correo?

–No, llega sobre las dos o dos y media –contestó sospechando que lo sabía de sobra.

–Ah, de acuerdo.

John no hizo el menor ademán de irse, así que Rebecca apartó lo que estaba haciendo, le sonrió y lo animó a hablar.

–No solemos estar solos –dijo él–. Desde que…

–¿Desde que somos amigos? –sugirió ella con forzado encanto.

John la miró. Estaba claro que le quería decir algo, pero le estaba costando. John se encogió de hombros. Rebecca observó cómo se tensaba su camisa y se le marcaban los bíceps y los hombros.

–Estás en buena forma –comentó por hablar de algo–. Así me explico que pudieras sacar a aquella mujer de la montaña sin problemas.

Se hizo un silencio incómodo.

–¿Te puedo hacer una pregunta muy personal? –preguntó John.

–Ya que los dos nos conocemos personalmente, no hay problema.

–¿Cómo es posible que una mujer como tú siguiera siendo virgen? Quiero decir, seguro que ha habido muchos chicos deseando poner remedio a la situación.

–Seguramente yo he sido muy exigente –contestó apartando la mirada–. O puede que no encontrara el momento adecuado.

–¿Y el martes te pareció el momento oportuno?

Rebecca se quedó callada luchando contra sus emociones.

–Mira, no puedo decir que fuera exactamente el mejor momento –contestó tras suspirar–. Simplemente, me apeteció y lo hice. Ya iba siendo hora. No es para tanto. Todos los días le pasa a alguna mujer.

John dudó y decidió decirle lo que estaba pensando.

–Bueno… es que no sabía si había sido un momento tuyo de

debilidad y yo me había aprovechado.

–Si hubiera sido así –contestó ella con frialdad–, ya habríamos sido dos. Después de todo, tú fuiste el inocente. Si no hubiera querido que pasara nada, habría dormido en el suelo.

–Me alegro de que no lo hicieras.

–Lo mismo digo –dijo Rebecca. Quería terminar con aquella conversación, pero cometió el error de mirarlo a los ojos.

–Si me hubiera despertado primero, me habría ido al suelo contigo.

Se acercó, se apoyó en la mesa y le rozó los labios. El contacto fue electrificante.

Rebecca lo miró mientras sentía que se derretía de deseo.

John volvió a besarla. La agarró de la barbilla y la envolvió en un beso auténtico.

El tiempo se detuvo. Durante unos preciosos segundos, Rebecca se rindió a él, a su boca, a su aroma masculino. El beso se hizo más profundo y Rebecca se dio cuenta de que quería más. Adiós a la prudencia. Lo quería todo. Ya. Lo que sentía por aquel hombre era de verdad. No creía que se le pasara ni con cincuenta ni con ochenta años, ni aunque se casara con otros y tuviera hijos. La chispa que había encendido en su interior solo él podía apaciguarla.

Cuando él se apartó, Rebecca gimió en forma de protesta.

–¿Esto quiere decir que te puedo pedir una cita? –susurró John entre su pelo.

Antes de que pudiera contestar, se abrió la puerta y apareció Janet Longchamps, la paciente que estaba citada. «Llega un cuarto de hora antes de lo previsto», pensó Rebecca enfadada.

–Me he adelantado un poco –comentó la recién llegada.

–No pasa nada, la atenderé en un minuto. Voy a consultar unas cosas en el ordenador y, mientras, Becky le hará las preguntas de rigor –informó John.

Al poco tiempo de haber entrado Janet en la consulta, Rebecca comenzó a oír risas de ambos. Maravilloso. Solo hacía falta una niña mona para que el profesional se convirtiera en un ligón.

Pero aquello no iba a ser lo peor. Al llegar el cartero, vio que había una carta con remite de Louise Wallant. Aquello ya fue demasiado.

Se abrió la puerta y Janet apareció acompañada por John. Rebecca hizo un esfuerzo para ocultar su enfado hasta que se hubo ido.

–Me parece que tú y yo estábamos quedando –dijo John entonces.

–Sí. ¿Qué te parece el sábado por la noche?

–Este fin de semana no voy a poder –contestó él con el ceño fruncido. Justo lo que Rebecca se imaginaba.

–Ah –dijo ella esperando una explicación que no se produjo.

–¿Qué tal el próximo? –sugirió John–. ¿Y entre semana?

Rebecca se enfadó al pensar que la estaba tratando como si fuera una concubina. ¿Y a aquel canalla le había entregado su virginidad?

–Me parece que será mejor que te llame cuando me dé la gana, ¿eh? –le dijo con frialdad.

John se quedó pasmado.

Antes de que le diera tiempo a decir nada, apareció Lois.

–Uy –dijo al ver que su amiga estaba enfadada–. ¿Me voy a dar una vuelta?

–No –contestó Rebecca–. Ya hemos terminado de hablar.

«He seguido el consejo de Hazel. Me he mostrado amigable, simpático y todo eso y lo único que he conseguido es que Becky se enfadara conmigo», pensó John aquella noche mientras calentaba la lasaña en el microondas.

No podía entender qué había hecho mal. Las mujeres como Janet Longchamps era predecibles, las conocía bien porque lo habían asediado desde la carrera, pero Becky era única, lo intimidaba porque era compleja, era imposible manipularla.

Miró el teléfono e intentó aunar el valor para llamarla.

Sin embargo, la furia se lo impidió. Decidió volver a levantar un muro de protección y mostrarse a la defensiva con ella.

No puedes fallar. Recordó las palabras de su padre.

Además, no había hecho nada para merecerse cómo lo había tratado. Si no le gustaba, no podía hacer nada. No podía obligarla.

Decidió olvidarla.

–Vete al infierno, Rebecca O’Reilly –dijo en alto.

# Capítulo Doce

El viernes fue un infierno para Lois, que tuvo que aguantar a dos cabezotas orgullosos esforzándose por denegar el amor que sentían mutuamente.

De repente, volvieron a tratarse formalmente. Doctor Saville y señorita O'Reilly. Sonreían amablemente a los pacientes y no eran capaces de tratarse civilizadamente entre ellos.

Lois tuvo que intervenir dos veces para evitar que se tiraran los trastos a la cabeza por cuestiones nimias.

Como estaba en el dentista cuando se había desencadenado la última tormenta, no sabía exactamente qué había ocurrido, pero se había aliado con Hazel para conseguir que aquella pareja terminara bien.

En un momento de despiste de ambos, la llamó para contarle que la situación no podía estar peor y que ella creía que era porque John había recibido una carta de Louise Wallant y coincidía que se iba fuera el fin de semana. Hazel le aseguró que se encargaría de hablar con Rebecca.

El sábado se levantó gris, en perfecta armonía con el ánimo de Rebecca. A las ocho de la mañana ya estaba vestida y tomándose un café.

Necesitaba hacer algo, no quería quedarse en casa, donde la presencia de John todavía reinaba en el aire. Decidió ir a la lavandería y luego a buscar un nuevo apartamento.

No se había cambiado tras dejarlo con Brian porque sabía que a él no le gustaba su casa y no estaba dispuesta a que le tuviera que dictar cómo tenía que vivir, pero ahora era diferente. Solo quería irse.

Mientras miraba la ropa dar vueltas en la secadora, se le ocurrió que podía irse de aquel apartamento y también del trabajo. ¿Por qué no? No había otra solución para su desgracia.

Las ausencias de John los fines de semana la habían intrigado al

principio, pero, después de haberse acostado con él, las sentía de otra manera.

Podía seguir trabajando allí y hacer como él, como si no hubiera pasado nada. La diferencia era que ella tenía el corazón desgarrado. No merecía la pena negarlo. El daño que le había hecho Brian no era nada comparado con tener que trabajar todos los días con alguien con quien había hecho el amor.

No había otra salida. Tenía que cambiar de trabajo. Le iba a costar, pero era lo mejor para curar las heridas.

Mientras llevaba la ropa al coche, sintió que se le saltaban las lágrimas al imaginarse dónde estaría John a aquellas horas. En brazos de otra mujer. Aquello la enfureció.

Sonó el móvil. Era Hazel, que quería que se pasara a verla porque quería enseñarle algo, pero no le dio tiempo a preguntarle qué era porque ya le había colgado.

Llegó a casa de Hazel y la vio en el jardín junto a un hombre que le sonaba de vista.

–Becky, me gustaría presentarte a Dave Perry –dijo Hazel. Becky se dio cuenta de que Dave era el algo que Hazel quería enseñarle. Aquella mujer no se daba nunca por vencida.

Tras un rato bromeando sobre el precio de una bomba de riego, Dave se fue.

–¿Habría sido mejor él que Rick Collins?

–Supongo –contestó Rebecca sin demasiado interés.

–¿Cómo que supones? Mírame a los ojos y dime que no te parece guapo.

–Sí, está bien y, además, es divertido.

–Había pensado que podíais quedar. No está casado ni es homosexual. No te quitaba el ojo de encima.

–No, gracias –contestó Rebecca–. No tengo nada en su contra. Seguro que otras mujeres estarían encantadas de quedar con él.

–Pues sí, eso es cierto –comentó Hazel–. Tú estás enamorada de John Saville, ¿verdad? –Rebecca se puso como un tomate. Suficiente respuesta–. Mira, lo mejor que puedes hacer es salir con otro hombre. No debes enclaustrarte en casa porque te haya ido mal una vez.

Rebecca negó con la cabeza. No podría salir con otro hombre hasta que se hubiera quitado a John de la cabeza y del corazón.

–Voy a estar muy ocupada. Quiero buscar otra casa y, a lo mejor, otro trabajo.

–¿Por qué? Estás haciendo una montaña de un grano de arena solo porque has tenido una discusión sin importancia con John…

–No ha sido una discusión sin importancia. Aparte de ser un esnob arrogante se dedica a coleccionar mujeres en su cama, así que no pienso trabajar para un hombre así.

–Muy bien –dijo Hazel sabiendo que era difícil hacer cambiar de parecer a Rebecca–. Si un guapo como Dave Perry no te parece bien, me dejas sin opciones.

–¿Seguro? Cuanto más pienso en la cita con Rick Collins, más me doy cuenta de que todo era demasiada coincidencia. Sobre todo, cuando apareció John justo en el momento oportuno para llevarme a casa.

–El Señor escribe recto con renglones torcidos –dijo Hazel de manera demasiado inocente.

–Sí, como tú.

–Bueno, si a él le funciona… –dijo Hazel encogiéndose de hombros.

Rebecca se rio.

–¡Pero bueno! No es que Rick me importe, pero no me parece bien hacerle todo aquello.

–No te preocupes por eso. Uno de mis chicos le metió un cheque de cien dólares por debajo de la puerta.

Cuando Rebecca se hubo ido, Hazel siguió dándole vueltas al asunto. Había cambiado de plan. Le había presentado al guapo de Dave Perry, pero la pobre chica estaba demasiado enamorada de su jefe como para fijarse en nadie. Y Dave era el último as que tenía en la manga.

La cosa no estaba fácil. Hazel seguía convencida de que harían una buena pareja, pero se estaban encontrando con ciertos obstáculos. Aquella idea de John como devoramujeres que Rebecca se había hecho no podía ser cierta. Debía moverse con rapidez.

–Ya está –dijo el doctor Saville apartándose de la mesa de operaciones donde yacía un chico dormido–. Te apuesto quince dólares a que no le quedará ni una sola cicatriz.

–Johnny, tienes unas manos de oro –le aseguró el doctor Bob Morningstar, un pienegro quince años mayor que él, con el pelo canoso y pronunciados pómulos–. ¿Quieres algo calentito? Luego te podrías venir a casa a cenar con la familia. Los niños no paran de preguntar por ti.

–Estupendo.

Ambos estaban cansados. Eran las seis de la tarde y llevaban operando desde las ocho de la mañana.

–Otro sábado de récord y mañana, más –apuntó Bob–. No te puedes imaginar lo mucho que te agradecemos que hagas esto. Es muy difícil encontrar cirujanos que quieran venir hasta aquí por lo que pagamos.

–No me des las gracias –le aseguró John mientras iban a la cafetería a tomar un café–. ¿Tú sabes lo que yo agradezco que todavía haya un lugar donde sigo siendo Johnny y donde me siento como en casa?

«Además, así, no pienso en Rebecca», se dijo para sí mismo.

Ayudar en el hospital infantil indio era un bálsamo a su soledad. Además, a veces, llegaban niños maltratados, como él, y cada vez que los ayudaba a ellos se estaba ayudando a sí mismo. Los indios habían sido su verdadera familia.

–¿Te preocupa algo, Johnny?

–Bueno, una mujer me ronda la cabeza. Más bien, estoy intentando quitármela de la cabeza –sonrió John–. La cosa es que no tengo ninguna posibilidad con ella.

–No me lo puedo creer. Tienes que conseguir que se le derrita el corazón. Solo eso. Las mujeres pueden parecer duras por fuera, pero por dentro tienen lugares débiles.

–¿Cómo?

–¿Cómo crees que conseguí yo a mi Sharon?

–Habla. Soy todo oídos.

–Desde luego no fue yendo por ahí con esa cara. Le pedí que saliéramos tres veces y tres veces me rechazó. Entonces, le escribí una nota que decía «He puesto una piedra delante de mi casa. Cuando esa piedra se derrita, desaparecerá mi amor por ti».

–Muy bonito.

–Bueno, la cosa es que funcionó. Conseguí vencer su resistencia. Me llamó a los tres días y fue ella la que me invitó a salir. Luego nos casamos y la piedra sigue delante de casa.

–Claro, tú naciste poeta, está en tu lengua, pero no en la mía.

–Está en el corazón, Johnny, en el corazón. Si esa mujer merece la pena, ve a por todas.

John sonrió. Aquellas palabras le recordaron a Hazel. Tal vez, ambos tuvieran razón.

# Capítulo Trece

–Doctor Saville, ¿tiene un momento?

–Por supuesto, Becky, siéntate –contestó John. No eran todavía las nueve de la mañana del lunes, pero ya apuntaba a que iba a hacer un buen día de sol.

«Ahora vuelvo a ser Becky. El viernes era la señorita O'Reilly. El fin de semana le ha dejado de buen humor. A juzgar por las ojeras que trae no ha dormido mucho».

–¿Qué ocurre?

–No es que me vaya a ir ya, pero sé que no es fácil encontrar enfermeras así que quería decírselo con tiempo porque estoy buscando otro trabajo –contestó hablando un poco deprisa.

–¿Te vas?

Rebecca se enfadó porque la estaba haciendo sentirse culpable.

–Te acabo de decir que estoy buscando otra trabajo, así que sí, dejo este –contestó Rebecca con impaciencia–. La semana que viene tengo una entrevista en el Lutheran Hospital. La supervisora, Amy Jackman, fue profesora mía en la escuela de enfermería y… me ha animado a que me vaya allí –concluyó. Cada vez le costaba más terminar las frases. Los ojos de John reflejaban un gran dolor.

–Seguro que lo consigues. Tienes los conocimientos de una enfermera que lleva diez años trabajando.

–Gracias.

–¿Es por… dinero? Si el aumento no fue suficiente…

–No, no es por dinero. Cobraré más o menos lo mismo en el Lutheran.

Sus miradas se encontraron y Rebecca vio la batalla interna que estaba librando él.

–Entonces, ¿es por lo nuestro? –preguntó abiertamente.

–No.

–Claro que sí. ¿Por qué iba a ser si no?

–Es… por mí. No es por ti, ni por nosotros, es por mí.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que ocurrió en mi casa. Fue un error.

–Creía que habías dicho que no te arrepentías.

–Lo dije y lo sigo pensando, pero sí me arrepiento de lo que ha pasado después.

–¿Cómo? Pero si no ha pasado nada más. Te pedí salir y me dijiste que no –la acusó.

–No me pediste exactamente que saliéramos. Pretendías que quedáramos cualquier noche entre semana para que tuvieras el fin de semana libre.

–Bueno, perdón por no haberte dado mis compromisos mensuales antes de hacer el amor –dijo exasperado–. Tal vez deberías hacer un cuestionario para ver si los hombres con los que estás se ajustan a tus planes y horarios.

–Mira quién fue a hablar de cuestionarios. Me la he jugado acostándome contigo sin ninguna protección. Y no estoy hablando solo de embarazos.

Habían ido subiendo el tono y, en el peor momento, apareció Lois.

–Lo siento, pero ha llegado Wendy Johnson.

Rebecca se sonrojó al darse cuenta de que habrían oído su último comentario.

–No pasa nada, yo ya me voy –contestó controlándose.

Se fue sin mirarlo.

John se metió en la base de datos y sacó en pantalla la ficha de la paciente, pero no podía evitar estar enfadado con Becky.

Estaba intentando seguir los consejos de Morningstar y de Hazel, pero no era fácil calar en el corazón de una mujer que lo insultaba sin parar y que le decía que se arrepentía de haber hecho el amor con él.

Cuanto más se abría a ella, más posibilidades de hacerle daño le estaba dando.

–No sé si voy a conseguir que se casen –confió Hazel a Lois aquel martes por la tarde–. Lo voy a intentar una vez más. Si consiguieran dejar el orgullo a un lado, se darían cuenta de lo bien que podrían estar juntos.

–¿Cómo vas a conseguir encerrarlos a los dos aquí? –preguntó Lois mirando la casona donde antiguamente vivían los trabajadores del rancho.

–Bueno, me voy a hacer la enferma. ¿Russ?

El joven vaquero, que estaba colocando una nevera con bebida y comida, era el mismo que había dejado fuera de juego el coche de

Rick Collins.

–¿Sí, jefa?

–Acuérdate de que te tienes que esconder y no salir hasta que los dos estén dentro.

El vaquero sonrió. Se veía claramente que estaba divirtiéndose con todo aquello, como Hazel.

–No se preocupe. Usted tráigalos hasta aquí y deje lo demás de mi cuenta.

Todo estaba listo. La casa estaba perfectamente equipada y limpia. Incluso la cama estaba hecha.

–Será el jueves por la tarde –informó Hazel–. Será perfecto porque Lois me ha dicho que el viernes no hay consulta porque tienen que pintar. Eso quiere decir que tendrán tres días.

–¡No puedes encerrarlos tres días! –exclamó Lois.

–Ya lo sé.

–Becky se va a enfadar.

–Bueno, puedo con ella –contestó mirando a su alrededor–. No es el Waldorf, pero todo funciona.

–Es sencillo, cómodo y está limpio. Además, es íntimo.

–Así que Becky quiere cambiarse de trabajo –comentó Hazel–. Sé que quería cambiarse de casa, pero esto es como si quisiera dar un nuevo giro a su vida. ¿Te ha contado lo que pasó entre ellos después del accidente del autobús? Ya sabes, el día que ninguno fue a trabajar.

–No explícitamente –contestó Lois–. Ya sabes que Becky es muy reservada con esos temas, pero está bastante claro lo que pasó, ¿no?

–Una parte sí. Es evidente que se acostaron y que a los dos les gustó. La atracción no es el problema.

–No, se sienten atraídos el uno por el otro. El problema son los fines de semana que John se pierde por ahí. Te aseguro que si estuviera con otra mujer, Becky jamás se lo perdonaría, por mucho que lo quisiera.

–Como debe ser. Estar enamorada de una persona es sentirse especial para esa persona. Si no eres más que un nombre en una lista, por muy corta que sea la lista, no es amor.

–¿Crees que está con otra?

–No. Creo que está plenamente enamorada de Becky. Es tan romántico como ella.

–Entonces, ¿por qué tanto misterio sobre sus salidas los fines de semana?

–No tengo ni idea. Por eso, vamos a poner en juego esta pequeña trampa. Si conseguimos meterlos aquí dentro a los dos, no tendrán

más remedio que sincerarse el uno con el otro –dijo Hazel observando cómo Russ metía una botella de champán en el frigorífico–. Eso o se acaban tirando de los pelos.

# Capítulo Catorce

La semana se le hizo especialmente larga a Rebecca. Después del trabajo, iba a buscar apartamento y esos momentos transcurrían rápido, pero el tiempo que pasaba en la consulta era interminable. Era imposible no coincidir constantemente con John y ver cómo buscaba con afán una sustituta para ella, una vez repuesto de la sorpresa inicial, le partía el corazón.

Una de las dos que ya había entrevistado el jueves era una belleza con la que estuvo un buen rato hablando.

–Me alegro de que mañana no tengamos que venir –le comentó a Lois–. Tres días enteros lejos de… de este sitio. Cuanto antes encuentre otro trabajo, mejor. Lo único es que te voy a echar de menos, Lo.

–Ya, y a alguien más, también.

–¿A qué te refieres?

–Venga, que no soy tonta, que veo y oigo. Lleváis toda la semana enfadados el uno con el otro cuando, en realidad, lo que os gustaría a los dos es canalizar esa energía de otra forma, en la cama, por ejemplo.

Rebecca se sonrojó.

–Me parece que hay una lista muy larga de mujeres que rezan para tener semejante privilegio, pero yo no estoy en ella…

–Ya. Los dos habéis pasado por malos momentos y os creéis que lo mejor es negar la realidad. Lo único que estáis haciendo es enfadaros todavía más, como dos niños pequeños.

A pesar del enfado, Rebecca se quedó impresionada por la opinión de Lois. No pudo contestar porque apareció John con el último paciente. Mientras Lois lo atendía, John fue hacia su mesa.

–Señorita O'Reilly, ¿le importaría traerme las radiografías que le he pedido esta mañana? –dijo en tono áspero.

–Las radiografías llevan horas en el sobre de su puerta –contestó Rebecca indignada.

–Ah… bueno, cualquiera puede cometer un error. Por cierto, no me ha parecido profesional su actitud de esta mañana con Shannon.

Me preguntó por sus funciones y esperaba que usted se ocupara de explicárselas. Dijo que estaba dispuesta a ayudar.

«Vaya, pero si ya la llama Shannon», pensó Rebecca. «¿La habrá entrevistado de verdad o se habrá contentado con mirarla de arriba abajo?

–Estaba ocupada atendiendo a un paciente y, cuando terminé, se había ido.

–Estuvo demasiado tiempo con ese paciente adrede.

–¿Ah, sí? Pues lo siento mucho por ella. De todas formas, algo me dice que ya está contratada. Supongo que seré vidente.

–Ya –contestó él dando un portazo.

–Uy, uy, uy –dijo Lois.

–¿Pero tú has visto qué arrogante? Espero que, cuando yo me vaya, no la tome contigo.

–Espero que no.

Mientras volvía a casa, Rebecca lloró amargamente y se recriminó el haberse acostado con John. Hacer el amor con él había sido maravilloso, no podía haber sido mejor. Sin embargo, lo mal que la había tratado desde entonces, las humillaciones a las que la había sometido, hacían que no lo aguantara.

Para colmo, se sentía celosa por Louise o quien quiera que fuese la persona con la que pasaba los fines de semana. Odiaba aquel tema y era mejor ser dura y hacer una nueva vida.

Intentó darse ánimos pensando en la casa que iba a ir a ver aquella misma tarde. Estaba a ton solo cinco minutos del Lutheran Hospital. No volvería a ver a John.

Se dio una ducha y se puso un vestido color ciruela con unas medias negras. Se estaba peinando cuando sonó el teléfono.

–Hola, Hazel –dijo al ver su número en la pantalla.

–Hola, cariño. ¿Tienes grandes planes para este fin de semana?

–No, ya me gustaría –contestó–. ¿Qué pasa?

–¿Te importaría pasar el fin de semana conmigo en el rancho?

–¿Me vas a hacer otra vez el lío con una nueva cita?

–No, no se trata de eso. No me encuentro bien, Becky. No tengo hambre, estoy cansada y dolorida.

–¿Te ha puesto Donna el termómetro?

–Sí, tengo un poco de fiebre. 37,7.

Rebecca pensó que no era grave, pero a veces un poco de fiebre reflejaba un mal funcionamiento del sistema inmunitario.

–Tal vez sea un virus.

No le preocupaba la fiebre sino el tono de Hazel. Sin pensárselo dos veces, decidió llamar a la agencia y quedar para ver la casa en

otro momento.

–Será divertido pasar el fin de semana juntas –contestó deseosa de hacer algo por la mujer que había hecho tanto por ella–. Meto unas cuantas cosas en una bolsa y voy para allá.

–Te lo agradezco. Donna está haciendo su delicioso pollo Kiev, así que cenaremos bien. Podrías montar a caballo. Ese potro de tres años que tanto te gusta necesita que lo monten un poco.

–No tienes fiebre –dijo John a Hazel leyendo el termómetro digital a la luz de la lámpara colocada junto a la cama–. 36,9. También tienes bien la tensión y el pulso.

–Te agradezco mucho que hayas venido –dijo Hazel mientras el médico le miraba las córneas–. Tal vez, he sido un poco exagerada.

–No pasa nada. Me gusta ir a ver a mis vecinos, sobre todo si eres tú. Saca la lengua y di ahh… muy bien. Hazel, si estuvieras mejor, estarías en el equipo olímpico –dijo con respeto, pero sospechando algo.

Hazel miró el reloj. Rebecca debía de estar a punto de llegar.

John no se fiaba, comenzó a interrogarla. Hazel no le contestaba con precisión, demasiada inocencia, ella no era así.

En ese momento, sonó el timbre.

–Hazel, estás fingiendo, ¿verdad?

–Sí, vosotros me habéis obligado a hacerlo y tienes que seguirme la corriente –dijo oyendo voces.

–Hazel, no puedo…

–¡Calla! Está aquí. ¿Quieres a Becky o no?

–¿Becky? Pero, ¿cómo…?

En ese momento, entró la aludida con su bolsa de fin de semana.

–Hazel, qué… –se interrumpió al verlo a él junto a la cama. Se enfureció, pero al ver el estetoscopio, el enfado dejó paso a la preocupación.

–Llamé a John cuando colgué contigo –dijo Hazel con el mismo tono lastimero–. Me sentía mal. John cree que podría ser otra vez la angina.

–Oh –dijo Rebecca–. ¿Te has tomado las pastillas?

–Pues justamente le estaba diciendo a John que Donna las ha buscado por toda la casa y no las encontramos.

–Si John te hace una receta, puedo ir corriendo a comprarlas…

–Ah, creo que sé dónde las dejé –la interrumpió Hazel–. Las tenía cuando estuve en el granero que acabamos de renovar.

–¿Dónde? Voy por ellas –se ofreció Rebecca.

–Te acompaño –dijo John al sentir el puñetazo de Hazel en el brazo cuando Rebecca se dio la vuelta para abandonar la habitación.

En cuanto los dos hubieron salido, Hazel se incorporó, sacó un teléfono inalámbrico de debajo de las sábanas y marcó.

–Estáte preparado, Russ, van para allá.

# Capítulo Quince

John alcanzó a Rebecca antes de salir de la casa. Estaba claro que estaba demasiado preocupada como para sospechar que todo era mentira.

–¿Qué es, John? ¿El corazón? –preguntó en cuanto salieron.

–No lo sé sin hacerle un electro –contestó sin querer mentir.

–Pero, ¿qué síntomas te ha contado que tiene?

–No me lo ha sabido explicar muy bien, la verdad.

–¿Tiene fiebre?

–No.

–¿No? Pero si a mí me ha dicho que sí hace un rato.

–Pues puede que entonces tuviera, pero ahora está bien.

–Vaya, vaya –dijo más para sí que para John. La llamada de Hazel la había dejado preocupada. Si resultaba que todo aquello no era más que otro truco para emparejarla, se iba a enterar.

Llegaron al granero y, al abrir las puertas, se encendieron las luces automáticamente. Rebecca se estremeció al darse cuenta de la cercanía de John.

–El saloncito está al fondo.

–Te conoces esto muy bien.

–Sí, el Lazy M es como mi segunda casa. Pasé aquí mucho tiempo cuando murió mi madre.

–Ya, me suena. Yo pasé la mayor parte de mi infancia en una reserva india.

–¿De verdad? –preguntó sorprendida. Era lo último que se esperaba de él.

Habían llegado a la habitación donde se guardaban las sillas de montar.

–Al otro lado de esa puerta están los cuartos de los trabajadores. Espero que esté abierta.

Al girar el pomo, la puerta se abrió y entraron a una acogedora cocina pintada de vivos colores.

–¿Qué ha pasado aquí? –preguntó Rebecca sorprendida.

–Esto no parece un almacén. ¿Hay alguien aquí? –no hubo

contestación–. Si ya no se usa, ¿por qué está el frigorífico enchufado y funcionando?

Al entrar en el comedor, vieron una mesa con candelabros encendidos.

–Esas velas no llevan mucho tiempo encendidas. Han debido de prenderlas hace poco.

–Me parece que sé quién ha sido –dijo Rebecca pensando en Hazel.

Las velas era lo de menos. También había una cubitera con champán, un cesto sobre la mesa con claveles blancos y rojos. Becky leyó la nota escrita por Hazel. «Para la niña de las flores».

–Nos la ha jugado.

–Sí –sonrió John–. Mira… la mesa está puesta. ¿Verdad que te sientes como una ficha de ajedrez en sus manos?

–Sí, pero esta vez no va a funcionar –contestó Rebecca dándose la vuelta para irse–. Puede engañarme diciendo que está enferma, pero no puede retenerme aquí por la fuerza.

–¡Eh! ¿Dónde vas?

–A hablar con ella y… –se interrumpió al ver la puerta principal cerrada–. ¿Has sido tú?

–No.

Rebecca intentó abrir la puerta, pero fue imposible.

–¿Lo habéis planeado los dos? –le preguntó empezando a sospechar.

–Mira, no estoy tan desesperado como para tener que encerrar a las mujeres en un granero. Tu autoestima se te ha ido de las manos.

–Mira quién fue a hablar de autoestima. No me hagas reír. No soy yo la que va por ahí haciendo marcas en el cabecero de la cama.

–¿A qué te refieres?

–¿Lo habéis preparado Hazel y tú?

–Te he dicho que no, así que olvídalo, ¿de acuerdo? A mí me ha engañado igual que a ti. Admito que, justo antes de que tú llegares, me olí que estaba fingiendo, pero no sabía nada de esto.

–¡Socorro! ¡Ayudadnos! ¡Nos hemos quedado encerrados! –gritó aporreando la puerta.

–Voy a llamar por teléfono –sugirió John al ver un aparato cerca de la puerta. No tenía línea.

–¿Hay otra puerta?

–No, ni ventanas tampoco. Este apartamento es completamente interior. Solo hay conductos de ventilación y son demasiado pequeños.

–¿Tienes una horquilla? –Rebecca le dio una y John se pasó un

cuarto de hora intentando abrir la puerta, pero no lo consiguió–. Bueno, pues habrá que resignarse. Hazel no nos ha encerrado aquí para un ratito. No podremos salir hasta que a ella le dé la gana. Será mejor que nos lo tomemos de manera positiva.

–¿Y qué hacemos?

–No sé –contestó encogiéndose de hombros y yendo hacia el frigorífico–. Sírvete. Tengo hambre. Vamos a ver qué nos han dejado de cena.

–¿A que lo adivino? Pollo Kiev en una cacerola con una nota de Donna que dice que lo tengamos veinte minutos a 160º.

John se quedó impresionado. Era exactamente así.

–Parece que te sabes las costumbres de por aquí. También hay espárragos y patatas cocidas. ¿Seguro que no estás compinchada con Hazel?

–¡Claro! –contestó furiosa–. ¡Cómo íbamos a dejar escapar una presa como tú!

–Yo no he dicho tanto… Me alegro de que os hayáis acordado de los huevos para el desayuno.

¿Cómo se atrevía a dar por hecho que iba a…? ¡Pero la que se había pasado realmente de la raya había sido Hazel! Otras veces le había perdonado sus intromisiones, pero ya era demasiado.

–Nos ha engañado –se quejó.

–¿Es tan malo estar aquí conmigo? –preguntó mientras metía el pollo en el horno. Se giró sonriendo sensualmente y Rebecca sintió un irrefrenable deseo. Pero se dijo que aquello le había ido a él muy bien. Podría pasar un buen rato con ella y luego, si te he visto, no me acuerdo.

No lo iba a acusar de nada, prefería ignorarlo. Por eso, su siguiente frase la sorprendió tanto como a él.

–Espero que no tuvieras una cita. No me gustaría que te perdieras algo con Louise o con cualquier otra de tus maravillosas amantes por estar conmigo.

–¿Cómo? Ahora sí que no entiendo nada.

–Sabes perfectamente que te estoy hablando de Louise Wallant.

–Louise y yo somos amigos hace mucho. Nos conocemos hace años. No es ningún secreto.

–No, pero dónde pasas los fines de semana parece que sí lo es. Así que todo induce a pensar que los pasas con ella. Mira lo que hagáis Louise y tú no es asunto mío –continuó, sentándose en una silla–, pero lo que pasó entre nosotros, bueno, se nos fue de las manos, no tendría que haber ocurrido. Me he dado cuenta de que yo quiero algo más de un hombre que quedar un par de veces

cuando está los fines de semana.

–No paso los fines de semana con Louise Wallant, si es lo que te preocupa.

–Pero me dijiste que habías venido a Mystery por una razón en particular. Supuse que era una mujer.

–Pues no fue por una mujer. Fue porque estaba lo suficientemente cerca de Bitterroot Valley como para ir todos los fines de semana –dijo agarrándola del brazo y haciendo que se levantara para abrazarla–. Becky, no estoy teniendo ninguna relación con otra mujer. Me voy a operar al hospital infantil de la reserva porque necesitan cirujanos y no tienen dinero.

–Deberías sentirte orgulloso. ¿Por qué lo mantienes en secreto?

–Porque una de las razones por las que lo hago es que mi familia era pobre. Mi padre nos maltrataba a mí, a mi madre y a su hígado… hasta que murió alcohólico perdido. Las familias indias que vivían cerca me adoptaron prácticamente, como Hazel contigo. Cada vez que mi padre llegaba borracho y me echaba de casa, ellos me daban de comer y me invitaban a dormir. Ahora quiero devolverles lo que hicieron por mí. ¿Me entiendes?

–Sí, eso explica lo de los fines de semana, pero ¿por qué te has mostrado tan frío conmigo cuando tienes a todas las niñas monas de los alrededores comiendo en la palma de la mano?

–Exacto, Becky –rio John–. Conozco perfectamente a ese tipo de mujeres. Solo hay que comprarles un buen traje y un bolso de marca para tenerlas contentas. No tienen ningún misterio. No me confunden –explicó abrazándola más fuerte–. Pero luego está Rebecca, de cabellera salvaje y espíritu igual de indómito. Tú sí tienes misterio. Por eso, si me he mostrado frío contigo, es porque no sé cómo tratarte. No sé lo que quieres ni si soy el hombre que quieres.

–No soy misteriosa, doctor Saville –contestó emocionada–. Solo quiero amor, compromiso y una familia.

–Si quieres saber algo más sobre mí, solo tienes que preguntarme. Creo que una pareja debe de ser sincera.

–A veces, preguntar es muy difícil, sobre todo si te da miedo la respuesta –dijo Rebecca cerrando los ojos avergonzada. Yo no creía que tuviéramos una relación. Supongo que por eso me mostré tan fría. Tú te ibas los fines de semana sin decir a dónde y aquello que pasó entre nosotros, bueno, podía no haber sido más que una cana al aire para ti. Yo quería algo más, no podía renunciar.

–Rebecca, yo no soy de esos que buscan una noche de placer y nada más. Me daba miedo agobiarte. Sabía que aquella vez nos pilló

por sorpresa a los dos, pero yo también quería algo más. No más sexo, más de ti, pero tú estabas en plan asustadizo así que creí que era culpa mía.

–No, no era culpa tuya –dijo llorando–. Fui yo. No quería que otro médico me dejara para irse en busca de una mujer de una clase social superior. Un médico me dejó tirada. Yo estaba muy enamorada de él. Imagínate cómo me sentí cuando me dijo que no era bastante como para estar con él porque él quería triunfar. Me dejó por otra mujer, una mujer muy parecida a Louise Wallant, de esas que lo tienen todo. No quería que me volviera a pasar lo mismo. Además… Además, lo que sentía por Brian no tiene nada que ver con lo que siento por ti. No hubiera podido resistir tu rechazo, así que decidí que era mejor no ir más allá.

John la abrazó y le secó las lágrimas con los labios. En ese momento, sonó la alarma del horno.

–La cena está lista. ¿La dejamos para más tarde?

–Sí.

Se abrazaron y se besaron con una pasión y un apetito que no tenía nada que ver con la cena.

–Tenemos toda la noche –dijo Rebecca.

–Sí, doce maravillosas horas. Tú puedes gritar a Hazel todo lo que quieras, a mí me cae de maravilla –sonrió John.

# Capítulo Dieciséis

–Te has echado tú toda la culpa del malentendido que ha habido entre nosotros –remarcó John mientras cenaban en el acogedor comedor a la luz de las velas–. Pero muchos de los problemas también han sido culpa mía. No decía nada y eso hacía que creyeras lo que no era.

–¿Por qué lo hacías?

–Por miedo al fracaso. Ahora lo veo claro.

–¿Miedo al fracaso? Pero si eres un cirujano buenísimo que publica en las mejores revistas.

–Sí, pero mi padre se pasó la vida diciéndome que no podía fallar en nada, así que, por mucho que quería abrirme a ti, tenía miedo al rechazo.

John la agarró de la mano.

–Los dos nos hemos equivocado –dijo Rebecca–. Yo creía, sin tener pruebas, que eras un esnob, pero resulta que nuestros orígenes son muy parecidos.

Se hizo el silencio, se perdieron cada uno en los ojos del otro.

Habían encendido un buen fuego porque todavía hacía fresco por las noches en el mes de mayo.

John se levantó y se acercó por detrás a su silla para abrazarla con fuerza y besarla en el pelo. Siguió hacia abajo. La besó en la nuca e hizo que Rebecca temblara de placer.

Giró la cabeza para besarlo y ambos se dejaron llevar por la pasión.

–Dime una cosa, ¿de verdad intentaste abrir la puerta?

–¡Claro que no! El plan de Hazel era muy bueno. No lo iba a estropear. ¿Te crees que estoy loco? ¿Estás enfadada?

–Ultrajada –fingió–. Voy a tener que castigarte.

–Estoy dispuesto a acatar mi castigo. ¿Te importaría que esa lección que vas a darme fuera en la habitación?

–A este paso, la lección vendrá dentro de nueve meses.

–Te quiero, Becky. Te quiero con todo mi corazón. Eres la mujer perfecta para mí. Lo supe desde el primer momento. Si tenemos un

hijo, será el segundo día más feliz de mi vida.

–¿Y el primero?

–El de nuestra boda. ¿Me harías el honor?

Rebecca sintió las lágrimas y el nudo en la garganta, pero consiguió asentir.

Se besaron con fruición y John la agarró en brazos para depositarla sobre la cama que había en la habitación contigua.

Había champán en la mesilla.

–Vamos a brindar. Por el señor y la señora Saville, para que tengan una larga vida juntos –propuso John–. Ven.

Rebecca se acercó y se desabrochó el vestido. Lo dejó caer dejando al descubierto una piel cremosa bajo la luz de las velas.

John comenzó a quitarse los pantalones y la camisa.

–Ya lo hago yo –se ofreció Rebecca. Acto seguido le abrió la camisa y comenzó a besarle el pecho, aquel pecho caliente bajo su lengua.

Siguió bajando hasta llegar al estómago. John deslizó las manos entre ellos para jugar con sus pezones.

La puso encima de él con impaciencia y le chupó los pezones, gimiendo ante tan dulce bocado.

Se terminaron de quitar la ropa y la tiraron al suelo. John la agarró del pelo con fiereza.

–Te quiero, Rebecca. Te he necesitado toda la vida. Por fin, estás aquí –dijo adentrándose en su cuerpo.

Ella gimió de placer. El deseo por él hizo que moviera las caderas cada vez más rápido y con más fuerza.

Se siguieron besando con avidez hasta que llegaron las oleadas que precedieron al gran momento. Rebecca solo tenía mente, corazón, ojos y boca para él. El tiempo y el lugar desaparecieron ante el éxtasis de haber encontrado el amor de verdad.

John gimió al llegar al clímax y, al siguiente instante, ella también lo había alcanzado. Se dejó caer sobre él exhausta de placer y henchida de amor.

–¿Esto quiere decir que no te cambias de trabajo? –preguntó John.

–No, pero será mejor que me ofrezca una buena baja de maternidad, doctor.

El viernes por la mañana, Hazel abrió la puerta.

Se sorprendió agradablemente de ver a sus dos invitados haciendo tortillas y café. Parecían cansados, pero felices.

–Sé lo que me vais a decir…

Se interrumpió al oírlos reír a ambos.

–¿Qué tal va tu corazón? –bromeó John.

Los tres se rieron.

Rebecca le dio una taza de café y todos se sentaron a la mesa.

–Hazel, eres más mala que la quina, ¿lo sabías? Y te quiero por ello –le dijo Rebecca.

Hazel no se había imaginado una bienvenida tan calurosa. En realidad, incluso se había casi arrepentido de lo que había hecho porque creía que iban a estar muy enfadados.

Pero lo había conseguido. Estaban juntos.

–¿Estás contenta? –preguntó John.

–Ya era hora de que os dierais cuenta de lo que era obvio para Lois y para mí. Teníais que estar juntos. ¿Qué es eso? –preguntó viendo que Rebecca llevaba algo en el dedo anular.

Rebecca y John se miraron y se rieron de nuevo. Era un anillo que John había fabricado con un clavo de una herradura de caballo que se había encontrado por ahí.

–Hazel, ¿te gustaría que celebráramos nuestra boda aquí en el rancho la semana que viene?

–Por supuesto que sí. Pero, ¿por qué esas prisas?

–Porque parece ser que tenemos menos de nueve meses para dejar las cosas arregladas.

–Y los médicos no se suelen equivocar con estas cosas.

# Epílogo

–Está hecho un flan –dijo Lois–. Como no nazca pronto este bebé, lo van a tener que ingresar.

–Así son las cosas. Los médicos pueden con todo, menos con lo suyo –apuntó Hazel.

–¡Qué me vais a contar a mí! Trae, dame eso, ya lo hago yo.

–¿Estás loca? Si te ve llevando informes de un lado para otro, le da algo. Bastante que tiene que aguantar que sigas trabajando.

Becky se acarició la tripa. Hacía nueve meses que se había casado con John, pero con él a su lado, el tiempo había pasado muy rápido. Quizás porque estaba viviendo la vida que siempre había querido, con su alma gemela.

–Por las noches, cuando llega a casa, inspecciona todos mis movimientos como si fuera una nueva ameba que acabara de descubrir. Hazel, uno de tus ataques nos vendría muy bien. A ver si así se distrae con otra cosa.

–¡Doctor Saville! Justo la persona que quería ver –exclamó la aludida al verlo aparecer.

–¿Cómo estás? –preguntó John abrazando a su mujer.

–Estupendamente. Me han dicho que eres tú el que está pasándolo un poco mal con lo de embarazo.

–Pero si esta mujer no me deja que la acompañe al ginecólogo. Dice que estoy obsesionado –sonrió.

–Efectivamente –rio Rebecca.

–Ni siquiera quiere decirme si es niño o niña. No sé si la habitación va a ser azul o rosa.

–No podría con ello –bromeó Rebecca mirando a Hazel.

–Soy médico. He visto de todo. Fui el primero de mi promoción en una de las mejores facultades…

–Sí, tienes razón, Rebecca –dijo Hazel–. Será mejor que seas suave con él, es nuevo en esto.

–Solo quiero saber el color de la habitación –rogó John abrazando a Rebecca.

Rebecca sonrió.

–Muy bien, te lo voy a decir. Chicas, tened las sales a mano. Tarde o temprano se iba a enterar, así que se lo voy a decir.

–¿Y el color es…? –bromeó John.

–Rosa y azul.

John se quedó parado. Miró a su mujer extasiado con expresión de total amor hacia ella.

–¿Ves? –le dijo Rebecca a Hazel –Hazel se rio. Le encantaba saber que su querida ciudad iba a crecer y que ella había tenido algo que ver en el proceso–. ¿Dónde vas? Después de todo, esto también ha sido culpa tuya –rio Rebecca.

–Lo admito gustosamente –contestó Hazel sonriendo misteriosa.

Y lo volvería a hacer en cuanto tuviera oportunidad.